

---

# EL PRÍNCIPE CONSTANTE

---

## Personas que hablan en ella:

- Don FERNANDO, príncipe
  - Don ENRIQUE, príncipe
  - Don JUAN Coutiño
  - El REY de Fez, viejo
  - MULEY, general
  - BRITO, gracioso
  - ALFONSO, rey de Portugal
  - FÉNIX, infanta
  - ROSA
  - ZARA
  - ESTRELLA
  - CELÍN
  - TARUDANTE, rey de Marruecos
  - [CAUTIVOS]
  - SOLDADOS
- 

## JORNADA PRIMERA

---

*Salen los cautivos cantando lo que quisieren, y ZARA*

ZARA: Cantad aquí, que ha gustado,  
mientras toma de vestir  
Fénix hermosa, de oír  
las canciones que ha escuchado  
tal vez en los baños, llenas  
de dolor y sentimiento.

CAUTIVO 1: Música, cuyo instrumento  
son los hierros y cadenas  
que nos aprisionan, ¿puede  
haberla alegrado?

ZARA: Sí,  
ella escucha. Desde aquí  
cantad.

CAUTIVO 2: Esa pena excede  
Zara hermosa, a cuantas son,  
pues sólo un rudo animal  
sin discurso racional,  
canta alegre en la prisión.

ZARA: ¡No cantáis vosotros?

CAUTIVO 3: Es  
para divertir las penas  
propias, mas no las ajenas.

ZARA: Ella escucha, cantad, pues.

**Cantan**

CAUTIVOS: "Al peso de los años  
lo eminente se rinde  
que a lo fácil del tiempo  
no hay conquista difícil."

**Sale ROSA**

ROSA: Despejad, cautivos, dad  
a vuestra canciones fin,  
porque sale a este jardín  
Fénix a dar vanidad  
al campo con su hermosura,  
segunda aurora del prado.

**Vanse los cautivos y salen las moras vistiendo a  
FÉNIX**

ESTRELLA: Hermosa te has levantado.

ZARA: No blasone el alba pura  
que la debe este jardín  
la luz, ni fragancia hermosa  
ni la púrpura la rosa,  
ni la blancura el jazmín.

FÉNIX: El espejo.

ZARA: Es excusado  
querer consultar con él  
los borrones que el pincel  
sobre la tez no ha dejado.

**Danle un espejo**

FÉNIX: ¿De qué sirve la hermosura  
--cuando lo fuese la mía--  
si me falta la alegría,  
si me falta la ventura?

CELIMA: ¿Qué sientes?

FÉNIX: Si yo supiera,  
ay Celima, lo que siento,  
de mi mismo sentimiento  
lisonja al dolor hiciera;  
pero de la pena mía  
no sé la naturaleza,  
que entonces fuera tristeza,  
lo que hoy es melancolía.  
Sólo sé que sé sentir  
lo que sé sentir no sé;  
que ilusión del alma fue.

ZARA: Pues no pueden divertir  
tu tristeza estos jardines,  
que a la primavera hermosa  
labran estatuas de rosa  
sobre templos de jazmines,  
hazte al mar, un barco sea  
dorado carro del sol.

ROSA:       Y cuando tanto arrebol  
 errar por sus ondas vea,  
           con grande melancolía  
 el jardín al mar dirá--  
 Ya el sola en su centro está  
 muy breve ha sido este día.

FÉNIX:       Pues no me puede alegrar  
 formando sombras y lejos  
 la emulación que en reflejos  
 tienen la tierra y el mar;  
           cuando con grandezas sumas  
 compiten entre esplendores  
 la espumas a las flores,  
 la flores a las espumas.

          Porque el jardín, envidioso  
 de ver las ondas del mar,  
 su curso quiere imitar;  
 y así, el céfiro amoroso  
           matices rinde y olores  
 que, soplando, en ellas bebe;  
 y hacen las hojas que mueve  
 un océano de flores;  
           cuando el mar, triste de ver  
 la natural compostura  
 del jardín, también procura  
 adornar, y componer  
           su playa, la pompa pierde  
 y, a segunda ley sujeto,  
 compite[n] con dulce efeto  
 campo azul y golfo verde;  
           siendo, ya con rizas plumas,  
 ya con mezclados colores,  
 el jardín un mar de flores  
 y el mar un jardín de espumas.

          Sin duda mi pena es mucha,  
 no la pueden lisonjear  
 campo, cielo, tierra y mar.

ZARA:       Gran pena contigo lucha.

***Sale el REY con un retrato***

REY:        Si acaso permite el mal,  
 quartana de tu belleza,  
 dar treguas a tu tristeza,  
 este bello original  
           --que no es retrato el que tiene  
 alma y vida--es del infante  
 de Marruecos, Tarudante,  
 que a rendir a tus pies viene  
           la corona. Embajador  
 es de su parte, y no dudo  
 que embajador que habla mudo,  
 trae embajadas de amor.

          Favor en su amparo tengo.  
 Diez mil jinetes alista  
 que envïar a la conquista  
 de Ceuta, que ya prevengo.  
           Dé la vergüenza esta vez  
 licencia. Permite amar

a quien se ha de coronar  
rey de tu hermosura en Fez.

FÉNIX: (¡Válgame Alá!) **Aparte**  
REY: ¿Qué rigor  
te suspende de esa suerte?  
FÉNIX: La sentencia de mi muerte.  
REY: ¿Qué es lo que dices?  
FÉNIX: Señor,  
si sabes que siempre has sido  
mi dueño, mi padre y rey,  
¿qué he de decir? (¡Ay, Muley, **Aparte**  
grande ocasión has perdido!)  
El silencio--¡ay infelice!--  
hace mi humildad inmensa.  
(Miente el alma, si lo piensa. **Aparte**  
Miente la voz, si lo dice.)  
REY: Toma el retrato.  
FÉNIX: (Forzada **Aparte**  
la mano le tomará;  
pero el alma no podrá.

***Disparan una pieza***

ZARA: Esta salva es a la entrada  
de Muley, que hoy ha surgido  
del mar de Fez.  
REY: Justa es.

***Sale MULEY con bastón de general***

MULEY: Dame, gran señor, los pies.  
REY: Muley, seas bien venido.  
MULEY: Quien penetra el arbol  
de tan soberana esfera,  
y a quien en el puerto espera  
tal aurora, hija del sol,  
fuerza es que venga con bien,  
dame, señora, la mano,  
que este favor soberano  
puede mereceros quien  
con amor, lealtad y fe  
nuevos triunfos te previene,  
y fue a serviros, y viene  
tan amante como fue.  
FÉNIX: (¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?) **Aparte**  
Tú, Muley (¡Estoy mortal!) **Aparte**  
vengas con bien.  
MULEY: (No con mal **Aparte**  
será, si a mis ojos creo.)  
REY: En fin, Muley, ¿qué hay del mar?  
MULEY: Hoy tu sufrimiento pruebas,  
de pesar te traigo nuevas  
porque ya todo es pesar.  
REY: Pues cuanto supieres di,  
que en un ánimo constante  
siempre se halla igual semblante  
para el bien y el mal...Aquí  
te sienta, Fénix.

FÉNIX: Sí, haré.

REY: Todas os sentad... Prosigue  
y nada a callar te obligue.

***Siéntanse el REY y las damas***

MULEY: Ni hablar, ni callar, podré.

Salí, como me mandaste,  
con dos galeazas solas,  
gran señor, a recorrer  
de Berbería las costas.  
Fue tu intento que llegase  
a aquella ciudad famosa,  
llamada en un tiempo Elisa,  
aquella que está a la boca  
del Freto Eurelio fundada,  
y de Ceido nombre toma  
--que Ceido, Ceuta, en hebreo  
vuelto al árabe idioma,  
quiere decir, hermosura,  
y ella es ciudad siempre hermosa--  
aquella, pues, que los cielos  
quitaron a tu corona  
quizá por justos enojos  
del gran profeta Mahoma;  
y en oprobio de las armas  
nuestras, miramos agora,  
que pendones portugueses  
en sus torres se enarbolan  
teniendo siempre a los ojos  
un padrastro que baldona  
nuestros aplausos, un freno  
que nuestro orgullo reporta,  
un Cáucaso que detiene  
al Nilo de tus victorias  
la corriente, y, puesta en medio,  
el paso a España le estorba.  
Iba con órdenes, pues,  
de mirar, e inquirir todas  
tus fuerzas, para decirte  
la disposición y forma  
que hoy tiene, y cómo podrás  
a menos peligro y costa  
emprender la guerra. El cielo  
te conceda la victoria,  
con esta restitución;  
aunque la dilate agora  
mayor desdicha, pues creo  
que está su empresa dudosa,  
y con más necesidad  
te está apellidando otra;  
pues las armas prevenidas  
para la gran Ceuta, importa  
que sobre Tánger acudan,  
porque amenazada llora  
de igual pena, igual desdicha,  
igual ruina, igual congoja.

Yo lo sé porque en el mar  
una mañana, a la hora  
que, medio dormido el sol,  
atropellando las sombras  
del ocaso, desmaraña  
sobre jazmines y rosas  
rubios cabellos, que enjuga  
con paños de oro a la aurora  
lágrimas de fuego y nieve  
que el sol convirtió en aljófara,  
que a largo trecho del agua  
venía una gruesa tropa  
de naves; si bien entonces  
no pudo la vista absorta  
determinarse a decir  
se eran naos, o si eran rocas,  
porque como en los matices  
sutiles pinceles logran  
unos visos, unos lejos,  
que en perspectiva dudosa  
parecen montes tal vez  
y tal ciudades famosas,  
porque la distancia siempre  
monstruos imposibles forma.  
Así en países azules  
hicieron luces y sombras,  
confundiendo mar y cielo  
con las nubes y las ondas  
mil engaños a la vista,  
pues ella entonces curiosa  
sólo percibió los bultos,  
y no distinguió las formas.  
Primero nos pareció,  
viendo que sus puntas tocan  
con el cielo, que eran nubes  
de las que a la mar se arrojan  
a concebir en zafir  
lluvias que en cristal abortan;  
y fue bien pensado, pues  
esta innumerable copia  
pareció que pretendía  
sorberse el mar gota a gota.  
Luego de marinos monstruos  
nos pareció errante copia,  
que a acompañar a Neptuno  
salían de sus alcobas;  
pues sacudiendo las velas,  
que son del viento lisonja,  
pensamos que sacudían  
las alas sobre las olas.  
Ya parecía más cerca  
una inmensa Babilonia,  
de quien los pensiles fueron  
flámulas que el viento azotan;  
aquí ya desengañada  
la vista, mejor se informa  
de que era armada, pues vio  
a los sulcos de las proas  
--cuando batidas espumas  
ya se encrespan, ya se entorchan--

rizarse montes de plata,  
de cristal cuajarse rocas.  
Yo que vi tanto enemigo  
volví a su rigor la proa,  
que también saber huir,  
es linaje de victoria.  
Y así como más experto  
en estos mares, la boca  
tomé de una cala, adonde  
al abrigo y a la sombra  
de dos montecillos, pude  
resistir la poderosa  
furia de tan gran poder,  
que mar, cielo y tierra asombra.  
Pasan sin vernos, y yo  
deseoso--¿quién lo ignora?--  
de saber donde seguía  
esta armada su derrota,  
a la campaña del mar  
salí otra vez, donde logra  
el cielo mis esperanzas,  
en esta ocasión dichosas;  
pues vi que de aquella armada  
se había quedado sola  
una nave, y que en el mar  
mal defendida zozobra  
porque, según después supe,  
de una tormenta que todas  
corrieron, había salido  
deshecha, rendida y rota.  
Y así, llena de agua estaba  
sin que bastasen las bombas  
a agotarla, y titubeando  
ya a aquella parte, ya a estotra,  
estaba a cada vaivén  
si se ahoga o no se ahogan.  
Llegué a ella, y aunque moro,  
les di alivio en sus congojas,  
que el tener en las desdichas  
compañía, de tal forma  
consuela, que el enemigo  
suele servir de lisonja.  
El deseo de vivir  
tanto a algunos les provoca,  
que haciendo animoso escalas  
de gúmenas y maromas,  
a la prisión se vinieron;  
si bien otros les baldonan  
diciéndoles que el vivir  
eternos, es vivir con honra.  
Y aun así se resistieron.  
¡Portuguesa vanagloria!  
De los que salieron, uno  
muy por extenso me informa.  
Dice, pues, que aquella armada  
ha salido de Lisboa  
para Tánger y que viene  
a sitiarla con heroica  
determinación, que veas  
en sus almenas famosas

las quinas que ves en Ceuta  
 cada vez que el sol se asoma.  
 Duarte de Portugal,  
 cuya fama vencedora  
 ha de volar con las plumas  
 de las águilas de Roma,  
 envía a sus dos hermanos,  
 Enrique y Fernando, gloria  
 de este siglo, que los mira  
 coronados de victorias,  
 maestros de Cristo y de Avis  
 son, los dos pechos adornan  
 cruces de perfiles blancos,  
 una verde y otra roja.  
 Catorce mil portugueses  
 son, gran señor, los que cobran  
 sus sueldos, sin los que vienen  
 sirviéndolos a su costa.  
 Mil son los fuertes caballos  
 que la soberbia española  
 los vistió para ser tigres  
 los calzó para ser onzas.  
 Ya a Tánger habrán llegado,  
 y esta, señor, es la hora  
 que si su arena no pisan,  
 al menos sus mares cortan.  
 Salgamos a defenderla  
 tú mismo las armas toma,  
 baje en tu valiente brazo  
 el azote de Mahoma,  
 y del libro de la muerte  
 desate la mejor hoja;  
 que quizá se cumple hoy  
 una profecía heroica  
 de Morabitos, que dicen  
 que en la margen arenosa  
 del África ha de tener  
 la portuguesa corona  
 sepulcro infeliz, y vean  
 que aquesta cuchilla corva  
 campañas verdes y azules  
 volvió con su sangre rojas.

REY:           Calla, no me digas más,  
 que de mortal furia lleno,  
 cada voz es un veneno  
 con que la muerte me das;  
           mas sus bríos arrogantes  
 haré que en África tengan  
 sepulcro, aunque armados vengan  
 sus maestros los infantes.  
           Tú, Muley, con los jinetes  
 de la costa parte luego,  
 mientras yo en tu amparo llevo  
 que si, como me prometes,  
           en escaramuzas diestras  
 le ocupas, porque tan presto  
 no tomen tierra, y en esto  
 la sangre heredada muestras,  
           Yo tan veloz llegaré  
 como tú con lo restante

del ejército arrogante  
que en este campo se ve.  
Y así, la sangre concluya  
tantos duelos en un día  
porque Ceuta ha de ser mía  
y Tánger no ha de ser suya.

**Vase**

MULEY: Aunque de paso, no quiero  
dejar, Fénix, de decir,  
ya que tengo de morir,  
la enfermedad de que muero;  
que aunque pierdan mis recelos  
el respeto a tu opinión,  
si celos mis penas son,  
ninguno es cortés con celos.  
¿Qué retrato--¡ay enemiga!--  
en tu blanca mano vi?  
¿Quién es el dichoso, di?  
¿Quién?... Mas espera. No diga  
tu lengua tales agravios.  
Basta, sin saber quién sea  
que yo en tu mano le vea,  
sin que le escuche en tus labios.

FÉNIX: Muley, aunque mi deseo  
licencia de amar te dio,  
de ofender y injuriar, no.

MULEY: Es verdad, Fénix. Ya veo  
que no es estilo ni modo  
de hablarte, pero los cielos  
saben que, en habiendo celos,  
se pierde el respeto a todo.  
Con grande recato y miedo  
te serví, quise y amé;  
mas si con amor callé,  
con celos, Fénix, no puedo.  
No puedo.

FÉNIX: No ha merecido  
tu culpa satisfacción;  
pero yo por mi opinión  
satisfacerte he querido,  
que un agravio entre los dos  
disculpa tiene, y así  
te la doy.

MULEY: Pues, ¿hayla?

FÉNIX: Sí.

MULEY: ¡Buenas nuevas te dé Dios!

FÉNIX: Este retrato ha enviado...

MULEY: ¿Quién?

FÉNIX: Tarudante el infante.

MULEY: ¿Para qué?

FÉNIX: Porque ignorante  
mi padre de mi cuidado...

MULEY: ¿Bien?

FÉNIX: Pretende que estos dos  
reinos...

MULEY: No me digas más.  
¿Esa disculpa me das?

FÉNIX: ¡Malas nuevas te dé Dios!  
 FÉNIX: Pues, ¿qué culpa habré tenido  
 de que mi padre lo trate?  
 MULEY: De haber hoy, aunque te mate,  
 el retrato recibido.  
 FÉNIX: ¿Puede excusarlo?  
 MULEY: ¿Pues no?  
 FÉNIX: ¿Cómo?  
 MULEY: Otra cosa fingir.  
 FÉNIX: Pues, ¿qué puede hacer?  
 MULEY: Morir;  
 que por ti lo hiciera yo.  
 FÉNIX: Fue fuerza.  
 MULEY: Más fue mudanza.  
 FÉNIX: Fue violencia.  
 MULEY: No hay violencia.  
 FÉNIX: Pues, ¿qué pudo ser?  
 MULEY: Mi ausencia,  
 sepulcro de mi esperanza.  
 Y para asegurarme  
 de que te puedes mudar,  
 ya me vuelvo yo a ausentar.  
 Vuelve, Fénix a matarme.  
 FÉNIX: Forzosa es la ausencia. Parte.  
 MULEY: Ya lo está, el alma primero.  
 FÉNIX: A Tánger, que en Fez te espero  
 donde acabes de quejarte.  
 MULEY: Sí, haré; si mi mal dilato.  
 FÉNIX: Adiós, que es fuerza el partir.  
 MULEY: Oye, ¿al fin me dejas ir  
 sin entregarme el retrato?  
 FÉNIX: Por el rey no le he deshecho.

***Quítale el retrato***

MULEY: Suelta, que no será en vano  
 que saque yo de tu mano  
 a quien me saca del pecho.

***Vanse. Tocan un clarín, hay ruido de  
 desembarcar, y van saliendo don FERNANDO, don ENRIQUE, don JUAN  
 Coutiño, y soldados***

FERNANDO: Yo he de ser el primero, África bella,  
 que he de pisar tu margen arenosa,  
 porque oprimida al peso de mi huella,  
 sientas en tu cerviz la poderosa  
 fuerza que ha de rendirte.  
 ENRIQUE: Yo en el suelo  
 africano la planta generosa  
 el segundo pondré.

***Cáe[se]***

¡Válgame el cielo!  
 Hasta aquí los agüeros me han seguido.  
 FERNANDO: Pierde, Enrique, a esas cosas el recelo

porque el caer agora antes ha sido  
que ya, como a señor, la misma tierra  
los brazos en albricias te ha pedido.

ENRIQUE: Desierta esta campaña y esta sierra  
los alarbes, al vernos, han dejado.

JUAN: Tángen las puertas de sus muros cierra.

FERNANDO: Todos se han retirado a su sagrado.  
Don Juan Coutiño, conde de Miralva,  
reconoced las tierra con cuidado,  
ante que el sol, reconociendo el alba,  
con más furia nos hiera y nos ofenda,  
haced a la ciudad la primer salva.

Decid que defenderse no pretenda,  
porque la he de ganar a sangre y fuego,  
que el campo inunde, el edificio encienda.

JUAN: Tú verás que a sus mismas puertas llevo,  
aunque volcán de llamas y de rayos,  
le deje al sol con pardas nubes ciego.

**Vase. Sale BRITO**

BRITO: ¡Gracias a Dios que abril es piso y mayo  
y en la tierra me voy por donde quiero,  
sin sustos, sin vaivenes ni desmayos!

Y no en el mar adonde, si primero  
no se consulta un monstruo de madera  
--que es juez de palo, en fin, el más ligero--  
no se puede escapar de una carrera  
en el mayor peligro. ¡Ah, tierra mía!  
No muera en agua yo, como no muera  
tampoco en tierra hasta el postrero día.

ENRIQUE: [¿Qué dices loco?]

[BRITO]: Una oración de fragua  
fúnebre, que es sermón de Berbería  
panegírico es que digo al agua  
y en emponomio horténsico me quejo  
porque este enojo, desde que se fragua  
con ella el vino, me quedó, y ya es viejo.  
[sin razón, sin arbitrio y sin consuelo.  
..... { --ejo}  
..... { --elo}  
..... { --ena}  
..... { --elo}.]

ENRIQUE: ¡Que escuches este loco!

FERNANDO: ¡Y que tu pena  
tanto de ti te priva y te divierte!

ENRIQUE: El alma traigo de temores llena  
echado juzgo contra mí la suerte  
desde que de Lisboa, al salir solo,  
imágenes he visto de la muerte.  
Apenas, pues, al berberisco polo  
prevenimos los dos esta jornada,  
cuando de un parasismo el mismo Apolo,  
amortajado en nubes, la dorada  
faz escondió, y el mar sañudo y fiero  
deshizo con tormentas nuestra armada.  
Si miro al mar, mil sombras considero;  
si al cielo miro, sangre me parece  
su velo azul; si al aire lisonjero,

aves nocturnas son las que me ofrece;  
 si a la tierra, sepulcros representa,  
 donde misero yo caiga y tropiece.

FERNANDO: Pues descifrarte aquí mi amor intenta  
 causa de un melancólico accidente.  
 Sorbernos una nave una tormenta,  
 es decirnos que sobra aquella gente  
 para ganar la empresa a que venimos;  
 verte púrpura el cielo transparente  
 es gala, no es horror, que si fingimos  
 monstruos al agua y pájaros al viento,  
 nosotros hasta aquí no los trajimos;  
 pues si ellos aquí están, ¿no es argumento  
 que a la tierra que habitan inhumanos  
 pronostican el fin fiero y sangriento?  
 Esos agüeros viles, miedos vanos,  
 para los moros vienen, que los crean,  
 no para que los duden los cristianos.  
 Nosotros dos lo somos, no se emplean  
 nuestras armas aquí por vanagloria  
 de que en los libros inmortales lean  
 ojos humanos esta gran victoria,  
 la fe de Dios a engrandecer venimos,  
 suyo será el honor, suya la gloria,  
 si vivimos dichosos, pues morimos;  
 el castigo de Dios justo es temerle,  
 ..... [--imos.]  
 ..... [--erle]  
 Éste no viene envuelto en medios vanos,  
 a servirle venimos, no a ofenderle.  
 Cristianos sois; haced como cristianos.

**Sale don JUAN**

JUAN: ¿Pero qué es esto?  
 Señor,  
 yendo al muro a obedecerte  
 a la falda de ese monte  
 vi una tropa de jinetes,  
 que de la parte de Fez  
 corriendo a esta parte vienen  
 tan veloces, que a la vista  
 aves, no brutos, parecen.  
 El viento no los sustenta,  
 la tierra apenas los siente.  
 Y así la tierra ni el aire  
 sabe si corren o vuelen.

FERNANDO: Salgamos a recibirlos,  
 haciendo primero frente  
 los arcabuceros, luego  
 los que caballos tuvieren  
 salgan también, y su usanza,  
 con lanzas y con arneses.  
 Ea, Enrique, buen principio  
 esta ocasión nos ofrece,  
 ¡ánimo!

ENRIQUE: Tu hermano soy,  
 no me espantan accidentes  
 del tiempo, ni me espantara

el semblante de la muerte.

**Vanse**

BRITO: El cuartel de la salud  
me toca a mí guardar siempre;  
¡oh, qué brava escaramuza!  
Ya se embisten, ya acometen,  
famoso juego de cañas,  
ponerme en cobro conviene.

**Vase y tocan al arma, salen pelando don JUAN y don  
ENRIQUE con los moros**

ENRIQUE: A ellos, que ya los moros  
vencido la espalda vuelven.

JUAN: Llenos de despojos quedan,  
de caballos y de gentes  
estos campos.

ENRIQUE: Don Fernando,  
¿dónde está, que no parece?

JUAN: Tanto se ha empeñado en ellos  
que ya de vista se pierde.

ENRIQUE: Pues a buscarle, Coutiño.

JUAN: Siempre a tu lado me tienes.

**Vanse y salen don FERNANDO con la espada de MULEY,  
y MULEY con adarga sola**

FERNANDO: En la desierta campaña  
que tumba común parece  
de cuerpos muertos, si ya  
no es teatro de la muerte,  
sólo tú, moro, has quedado  
porque, rendida, tu gente  
se retiró, y tu caballo  
que mares de sangre vierte  
envuelto en polvo y espuma  
que él mismo levanta y pierde,  
te dejó, para despojo  
de mi brazo altivo y fuerte,  
entre los sueltos caballos  
de los vencidos jinetes.  
Yo ufano con tal victoria,  
que me ilustra y desvanece  
más que el ver esta campaña  
coronada de claveles;  
pues es tanta la vertida  
sangre con que se guarnece,  
que la piedad de los ojos  
fue tan grande, tan vehemente  
de no ver siempre desdichas,  
de no mirar ruinas siempre,  
que por el campo buscaban  
entre lo rojo lo verde.  
En efecto, mi valor  
sujetando tus valientes

bríos, de tantos perdidos  
un suelto caballo prende,  
un monstruo, que siendo hijo  
del viento, adopción pretende  
del fuego, y entre los dos  
lo desdice y lo desmiente  
el color, pues siendo blanco,  
dice el agua, "Parto es éste  
de mi esfera, sola yo  
pude cuajarle de nieve.  
En fin, en lo veloz, viento,  
rayo, en fin, en lo eminente,  
era por los blanco cisne,  
por lo sangriento era sierpe,  
por lo hermoso era soberbio,  
por lo atrevido valiente,  
por los relinchos lozano,  
y por las cernejas fuerte.  
En la silla y en las ancas  
puestos los dos juntamente,  
mares de sangre rompimos,  
por cuyas ondas crüeles  
este bajel animado,  
hecho proa de la frente,  
rompiendo el globo de nácar  
desde el codón al copete,  
pareció entre espuma y sangre,  
ya que bajel quise hacerle,  
de cuatro espuelas herido,  
que cuatro vientos le mueven.  
Rindióse al fin, si hubo peso  
que tanto Atlante sufriese,  
si bien, el de las desdichas  
hasta los brutos lo sienten;  
o ya fue que enternecido,  
entre sus instinto dijese,  
"Triste camino el alarbe  
y el español parte alegre.  
Luego yo contra mi patria  
¿soy traidor y soy aleve?"  
No quiero pasar de aquí  
y puesto que triste vienes  
tanto, que aunque el corazón  
disimula cuanto puede  
por la boca y por los ojos  
--volcanes que el pecho enciende--  
ardientes suspiros lanza  
y tiernas lágrimas vierte.  
Admirado mi valor  
de ver, cada vez que vuelve  
que a un golpe de la Fortuna  
tanto se postre y sujete  
tu valor, pienso que es otra  
la causa que te entristece,  
porque por la libertad,  
no era justo, ni decente,  
que tan tiernamente llore  
quien tan duramente hiere.  
Y así, si el comunicar  
los males alivio ofrece

al sentimiento, entre tanto  
que llegamos a mi gente,  
mi deseo a tu cuidado,  
si tanto favor merece,  
con razones le pregunta  
comedidas y corteses,  
"Qué sientes, pues ya yo creo  
que el venir preso no sientes?"  
Comunicado el dolor  
se aplaca, si no se vence,  
y yo, que soy el que tuve  
más parte en este accidente  
de la Fortuna, también  
quiero ser el que consuele  
de tus suspiros la causa,  
si la causa lo consiente.

MULEY: Valiente eres, español  
y cortés como valiente  
tan bien vences con la lengua  
como con la espada vences.  
Tuya fue la vida, cuando  
con la espada entre mi gente  
me venciste, pero agora  
que con la lengua me prendes  
es tuya el alma, porque  
alma y vida se confiesen  
tuyas, de ambos eres dueño;  
pues ya crüel, ya clemente  
por el trato y por las armas  
me has cautivado dos veces.  
Movido de la piedad  
de oírme, español, y verme  
preguntado me han la causa  
de mis suspiros ardientes.  
Y aunque confieso que el mal  
repetido y dicho suele  
templarse, también confieso  
que quien le repite quiere  
aliviarse, y es mi mal  
tan dueño de mis placeres  
que, por no hacerles disgusto  
y que aliviado me deje,  
no quisiera repetirle;  
mas ya es fuerza obedecerte,  
y quiérotela decir,  
por quien soy y por quien eres.  
Sobrino del rey de Fez  
soy, mi nombre es Muley Jeque,  
familia que ilustran tantos  
bajáes y belerbeyes.  
Tan hijo fui de desdichas  
desde mi primer oriente,  
que en el umbral de la vida  
nacé en brazos de la muerte.  
Una desierta campaña  
que fue sepulcro eminente  
de españoles, fue mi cuna;  
pues para que lo confieses,  
en los Gelves nacé el año  
que os perdisteis en los Gelves.

A servir al rey mi tío  
 vine, infante, pero empiecen  
 las penas y las desdichas,  
 cesen las venturas, cesen.  
 Vine a Fez, y una hermosura  
 a quien he adorado siempre  
 junto a mi casa vivía,  
 porque más cerca muriese.  
 Desde mis primeros años,  
 porque más constante fuese  
 este amor, más imposible  
 de acabarse y de romperse,  
 ambos nos criamos juntos  
 y amor en nuestras niñeces  
 no fue rayo, pues hirió  
 en lo humilde, tierno y débil  
 con más fuerza que pudiera  
 en lo augusto, altivo y fuerte;  
 tanto, que para mostrar  
 sus fuerzas y sus poderes  
 hirió nuestros corazones  
 con arpones diferentes.  
 Pero como la porfía  
 del agua en las piedras suele  
 hacer señal, por la fuerza  
 no, sino cayendo siempre,  
 así las lágrimas mías,  
 porfiando tiernamente,  
 la piedra del corazón,  
 más que los diamantes, fuerte,  
 labraron y no con fuerza  
 de méritos excelentes  
 pero con mi mucho amor,  
 vino, en fin, a enternecerse.  
 En este estado viví  
 algún tiempo, aunque fue breve,  
 gozando en auras sùaves  
 mil amoroso deleites.  
 Ausentéme, por mi mal;  
 harto he dicho en "ausentéme,"  
 pues en mi ausencia otro amante  
 ha venido a darme muerte.  
 Él dichoso, yo infelice,  
 él asistiendo, yo ausente,  
 yo cautivo, y libre él,  
 me contrastara mi suerte  
 cuando tú me cautivaste.  
 Mira si es bien me lamente.

**FERNANDO:** Valiente moro y galán,  
 si adoras como refieres,  
 si idolatras como dices,  
 si amas como encareces,  
 si celas como suspiras,  
 si como recelas temes,  
 y si como siente amas,  
 dichosamente padeces.  
 No quiero por tu rescate  
 más precio de que le aceptes.  
 Vuélvete y dile a tu dama  
 que por su esclavo te ofrece

un portugués caballero;  
 y si obligada pretende  
 pagarme el precio por ti,  
 yo te doy lo que me debes,  
 cobra la deuda de amor  
 y logra tus intereses.  
 Ya el caballo que rendido  
 cayó en el suelo, parece  
 con el ocio y el descanso  
 que restituído vuelve;  
 y porque sé qué es amor  
 y qué es tardanza en ausentes,  
 no te quiero detener.  
 Sube en tu caballo y vete.

MULEY: Nada mi voz te responde,  
 que a quien liberal ofrece,  
 sólo aceptar es lisonja.  
 Dime, portugués, ¿quién eres?

FERNANDO: Un hombre noble y no más.

MULEY: Bien lo muestras, seas quien fueres;  
 para el bien y para el mal  
 soy tu esclavo eternamente.

FERNANDO: Toma el caballo, que es tarde.

MULEY: Pues si a ti te lo parece,  
 ¿qué hará a quien vino cautivo  
 y libre a sus dama vuelve?

#### **Vase**

FERNANDO: Generosa acción es dar,  
 y más la vida.

#### **Dentro MULEY**

MULEY: ¡Valiente  
 portugués!

FERNANDO: Desde el caballo  
 habla. ¿Qué es lo que me quieres?

MULEY: Espero que he de pagarte  
 algún día tantos bienes.

FERNANDO: ¡Gózalos tú!

MULEY: Porque al fin  
 hacer bien nunca se pierde.  
 ¡Alá te guarde, español!

FERNANDO: Si Alá es Dios, con bien te lleve.

#### **Suenan dentro cajas y trompetas**

Mas, ¿qué trompa es aquesta,  
 que el aire turba y la región molesta?  
 Y por esta otra parte  
 cajas se escuchan; música de Marte  
 son las dos.

#### **Sale don ENRIQUE**

ENRIQUE:                   ¡Oh, Fernando!  
                                   Tu persona veloz vengo buscando.  
 FERNANDO:    Enrique, ¿qué hay de nuevo?  
 ENRIQUE:                    Aquellos ecos  
                                   ejércitos de Fez y Marruecos  
                                   son, porque Tarudante  
                                   al rey de Fez socorre, y arrogante  
                                   el rey con gente viene,  
                                   en medio cada ejército nos tiene  
                                   de modo que, cercados,  
                                   somos los sitiadores y sitiados.  
                                   Si la espada volvemos  
                                   al uno, mal del otro nos podemos  
                                   defender, pues por una y otra parte  
                                   nos deslumbran relámpagos de Marte.  
                                   ¿Qué haremos, pues de confusiones llenos?  
 FERNANDO:    ¿Qué? Morir como buenos,  
                                   con ánimos constantes.  
                                   ¿No somos dos maestros, dos infantes?  
                                   ..... [ --eses]  
                                   Cuando bastara ser dos portugueses  
                                   particulares, para no haber visto  
                                   la cara al miedo. Pues Avis y Cristo  
                                   a voces repitamos,  
                                   y por la fe muramos,  
                                   pues a morir venimos.

***Sale don JUAN***

JUAN:            Mala salida a tierra dispusimos.  
 FERNANDO:    Ya no es tiempo de medios,  
                                   a los brazos apelen los remedios,  
                                   pues uno y otro ejército nos cierra  
                                   en medio. ¡Avis y Cristo!  
 JUAN:                        ¡Guerra, guerra!

***Éntranse sacando las espadas, dase la  
 batalla y sale BRITO***

BRITO:            Ya nos cogen en medio  
                                   un ejército y otro sin remedio.  
                                   ¡Qué bellaca palabra!  
                                   La llave eterna de los cielos abra  
                                   un resquicio siquiera,  
                                   que de aqueste peligro salga afuera  
                                   quien aquí se ha venido  
                                   sin qué, ni para qué. Pero fingido  
                                   muerte estaré un instante,  
                                   y muerto lo tendré para adelante.

***Échase en el suelo y sale[n don ENRIQUE Y]  
 un moro acuchillándo[se]***

MORO:            ¿Quién tanto se defiende,  
                                   siendo mi brazo rayo que desciende  
                                   desde la cuarta esfera?  
 ENRIQUE:            Pues aunque yo tropiece, caiga y muera

en cuerpos de cristianos,  
no desmaya la fuerza de las manos,  
que ella de quien yo soy mejor avisa.  
BRITO: (¡Cuerpo de Dios con él, y québien pisa!) **Aparte**

***Písanle, y éntanse, y salen MULEY y  
don JUAN Coutiño riñendo***

MULEY: Ver, portugués valiente,  
en ti fuerza tan grande no lo siente  
mi valor, pues quisiera  
daros hoy la victoria.

JUAN: ¡Pena fiera!  
Sin tiento y sin aviso  
con cuerpos de cristianos cuantos piso.

BRITO: (Yo se lo perdonara **Aparte**  
a trueco, mi señor, que no pisara.)

***Vanse los dos y sale don FERNANDO,  
retirándose del REY y de otros moros***

REY: Rinde la espada, altivo  
portugués; que si logro el verte vivo  
en mi poder, prometo  
..... [ --eto]  
ser tu amigo. ¿Quién eres?

FERNANDO: Un caballero soy, saber no esperes  
más de mí. Dame muerte.

***Sale don JUAN, y pónese a su  
lado***

JUAN: Primero, gran señor, mi pecho fuerte,  
que es muro de diamante,  
tu vida guardará puesto delante.  
¡Ea, Fernando mío,  
muéstrese agora el heredado brío!

REY: Si esto escucho, ¿qué espero?  
Suspéndanse las armas, que no quiero  
hoy más felice gloria  
que este preso me basta por victoria.  
Si tu prisión o muerte  
con tal sentencia decretó la suerte,  
de ala espada, Fernando,  
al rey de Fez.

***Sale MULEY***

MULEY: ¿Qué es lo que estoy mirando?

FERNANDO: Sólo a un rey la rindiera,  
que desesperación negarla fuera.

***Sale don ENRIQUE***

ENRIQUE: ¿Preso mi hermano?

FERNANDO: Enrique,  
 tu voz más sentimiento no publique;  
 que en la suerte importuna  
 éstos son los sucesos de Fortuna.

REY: Enrique, don Fernando  
 está hoy en mi poder y aunque mostrando  
 la ventaja que tengo  
 pudiera daros muerte, yo no vengo  
 hoy más que a defenderme,  
 que vuestra sangre no viniera a hacerme  
 honras tan conocidas,  
 como podrán hacerme vuestras vidas.  
 y para que el rescate  
 con más puntualidad al rey se trate,  
 vuelve tú, que Fernando  
 en mi poder se quedará aguardando  
 que vengas a libralle.  
 Pero dile a Duarte, que en llevalle  
 será su intento vano,  
 si a Ceuta no me entrega por su mano.  
 Y agora vuestra alteza,  
 a quien debo esta honra, esta grandeza  
 a Fez venga conmigo.

FERNANDO: Iré a la esfera cuyos rayos sigo.

MULEY: (¡Porque yo tenga, cielos, **Aparte**  
 más que sentir entre amistad y celos!)

FERNANDO: Enrique, preso quedo,  
 ni a mal ni a la Fortuna tengo miedo.  
 Dirásle a nuestro hermano  
 que haga aquí como príncipe cristiano  
 en la desdicha mía.

ENRIQUE: ¿Pues quién de sus grandezas desconfía?

FERNANDO: Esto te encargo y digo  
 que haga como cristiano.

ENRIQUE: Yo me obligo  
 a volver como tal.

FERNANDO: Dame esos brazos.

ENRIQUE: Tú eres el preso, y pónesme a mí lazos.

FERNANDO: Don Juan, adiós.

JUAN: Yo he de quedar contigo;  
 de mí no te despidas.

FERNANDO: ¡Leal amigo!

ENRIQUE: ¡Oh infelice jornada!

FERNANDO: Dirásle al rey... Mas no le digas nada,  
 si con grande silencio el miedo vano  
 estas lágrimas lleva al rey mi hermano.

***Vanse y salen dos moros, y ven a BRITO como  
 muerto***

MORO 1: Cristiano muerto es éste.

MORO 2: Porque no causen peste,  
 echad al mar los muertos.

BRITO: En dejándoos los cascos bien abiertos  
 a tajos y reveses,  
 que "aínda mortos" somos portugueses.

## FIN DE LA PRIMERA JORNADA

---

### JORNADA SEGUNDA

---

*Sale FÉNIX*

FÉNIX: ¡Zara! ¡Rosa! ¡Estrella! ¿No  
hay quien me responda?

*Sale MULEY*

MULEY: Sí,  
que tú eres sol para mí  
y para ti sombra yo;  
y la sombra al sol siguió.  
El eco dulce escuché  
de tu voz, y apresuré  
por esta montaña el paso.  
¿Qué sientes?

FÉNIX: Oye, si acaso  
puedo decir lo que fue.  
Lisonjera, libre, ingrata,  
dulce y süave una fuente  
hizo apacible corriente  
de cristal y undosa plata;  
lisonjera se desata,  
porque hablaba y no sentía;  
süave, porque fingía;  
libre, porque claro hablaba;  
dulce, porque murmuraba;  
e ingrata, porque corría.  
Aquí cansada llegué  
después de seguir ligera  
en ese monte una fiera,  
en cuya frescura hallé  
ocio y descanso; porque  
de un montecillo a la espalda,  
de quien corona y guirnalda  
fueron clavel y jazmín,  
sobre un catre de carmín  
hice un foso de esmeralda.  
Apenas en él rendí  
el alma al susurro blando  
de las soledades, cuando  
ruido en las hojas sentí.  
Atenta me puse, y vi  
una caduca africana,  
espíritu en forma humana,  
ceño arrugado y esquivo,  
que era un esqueleto vivo  
de lo que fue sombra vana,

cuya rústica fiereza  
 cuyo aspecto esquivo y bronco  
 fue escultura hecha de un tronco  
 sin pulirse la corteza.  
 Con melancolía y tristeza,  
 pasiones siempre infelices  
 --para que te atemorices--  
 una mano me tomó,  
 y entonces ser tronco yo  
 afirmé por las raíces.

Hielo introdujo en mis venas  
 el contacto, horror las voces,  
 que discurriendo veloces,  
 de mortal veneno llenas.  
 Articuladas apenas,  
 esto les pude entender:  
 "¡Ay infelice mujer!  
 ¡Ay forzosa desventura!  
 ¡Que en efecto esta hermosura  
 precio de un muerte ha de ser!"

Dijo; y yo tan triste vivo  
 que diré mejor que muero,  
 pues por instantes espero  
 de aquel tronco fugitivo  
 cumplimiento tan esquivo,  
 de aquel oráculo yerto  
 el presagio y fin tan cierto  
 que mi vida ha de tener.  
 ¡Ay de mí! ¡Que hoy he de ser  
 precio vil de un hombre muerto!

### **Vase FÉNIX**

MULEY: Fácil es de descifrar  
 ese sueño, esa ilusión,  
 pues las imágenes son  
 de mi pena singular.  
 A Tarudante has de dar  
 la mano de esposa; pero  
 yo, que en pensarlo me muero,  
 estorbaré mi rigor;  
 que él no ha de gozar tu amor  
 si no me mata primero.  
 Perderte yo, podrá ser;  
 mas no perderte y vivir.  
 Luego si es fuerza el morir  
 antes que lo llegue a ver,  
 precio mi vida ha de ser  
 con que ha de comprarte. ¡Ay cielos!  
 ¡Y tú en tantos desconsuelos  
 precio de un muerto serás  
 pues que morir me verás  
 de amor, de envidia y de celos!

### **Salen tres cautivos y el infante don FERNANDO**

CAUTIVO 1: Desde aquel jardín te vemos,  
 donde estamos trabajando,

andar a caza, Fernando,  
y todos juntos venimos  
a arrojarlos a tus pies.

CAUTIVO 2: Solamente este consuelo  
aquí nos ofrece el cielo.

CAUTIVO 3: Piedad como suya es.

FERNANDO: Amigos, dadme los brazos;  
y sabe Dios si con ellos  
quisiera de vuestros cuellos  
romper los nudos y lazos  
que os aprisionan; que a fe  
que os darían libertad  
antes que a mí; mas pensad  
que favor del cielo fue  
esta piadosa sentencia;  
él mejorará la suerte,  
que a la desdicha más fuerte  
sabe vencer la prudencia.

Sufrid con ella el rigor  
del tiempo y de la Fortuna,  
deidad bárbara importuna,  
hoy cadáver y ayer flor.

No permanece jamás  
y así os mudará de estado.  
¡Ay Dios! Que al necesitado  
darle consejo no más  
no es prudencia, y en verdad  
que, aunque quiera regalaros,  
no tengo esta vez qué daros.  
Mis amigos, perdonad.

Ya de Portugal espero  
socorro, presto vendrá;  
vuestra mi hacienda será.  
Para vosotros la quiero.

Si me vienen a sacar  
del cautiverio, ya digo  
que todos iréis conmigo.  
Id con Dios a trabajar.

No disgustéis vuestros dueños.

CAUTIVO 1: Señor, tu vida y salud  
hace nuestra esclavitud  
dichosa.

CAUTIVO 2: Siglos pequeños  
son los del fénix, señor,  
para que vivas.

### **Vanse**

FERNANDO: El alma  
queda en lastimosa calma,  
viendo que os vais sin favor  
de mis manos. ¡Quien pudiera  
socorrerlos! ¡Qué dolor!

MULEY: Aquí estoy viendo el amor  
con que la desdicha fiera  
de esos cautivos tratáis.

FERNANDO: Duélome de su fortuna  
y en la desdicha importuna  
que a esos cautivos miráis,

aprendo a ser infelice'  
y algún día podrá ser  
que los haya menester.

MULEY: ¿Eso vuestra alteza dice?

FERNANDO: Naciendo infante, he llegado  
a ser esclavo; y así  
temo venir desde aquí  
a más miserable estado;  
que si ya en aqueste vivo,  
mucha más distancia trae  
de infante a cautivo que hay  
de cautivo a más cautivo.

Un día llama a otro día,  
y así llama y encadena  
llanto a llanto y pena a pena.

MULEY: No fuera mayor la mía,  
que vuestra alteza mañana,  
aunque hoy cautivo está,  
a su patria volverá;  
pero mi esperanza es vana,  
pues no puede alguna vez  
mejorarse mi fortuna,  
mudable más que la luna.

FERNANDO: Cortesano soy de Fez,  
y nunca de los amores  
que me contaste te oí  
novedad.

MULEY: Fueron en mí  
recatados los favores.  
El dueño juré encubrir;  
pero a la amistad atento,  
sin quebrar el juramento,  
te lo tengo de decir.  
Tan solo mi mal ha sido  
como solo mi dolor,  
porque el Fénix y mi amor  
sin semejante han nacido.  
En ver, oír y callar,  
Fénix es mi pensamiento,  
Fénix es mi sufrimiento  
en temer, sentir y amar;  
Fénix mi desconfianza  
en llorar y padecer;  
en merecerla y temer  
aún es Fénix mi esperanza,  
Fénix mi amor y cuidado;  
y pues que es Fénix te digo,  
como amante y como amigo  
ya lo he dicho y lo he callado.

### **Vase MULEY**

FERNANDO: Cuerdoamente declaró  
el dueño amante y cortés;  
si Fénix su pena es,  
no he de competirla yo,  
que la mía es común pena.  
No me doy por entendido;  
que muchos la han padecido

y vive de enojos llena.

***Sale el REY***

REY: Por la falda de este monte  
vengo siguiendo a tu alteza,  
porque, antes que el sol se oculte  
entre corales y perlas,  
te diviertas en la lucha  
de un tigre que agora cercan  
mis cazadores.

FERNANDO: Señor,  
gustos por puntos inventas  
para agradarme; si así  
a tus esclavos festejas,  
no echarán menos la patria.

REY: Cautivos de tales prendas  
que honran al dueño, es razón  
servirlos de esta manera.

***Sale don JUAN***

JUAN: Sal, gran señor, a la orilla  
del mar, y verás en ella  
el más hermoso animal  
que añadió naturaleza  
al artificio; porque  
una cristiana galera  
llega al puerto, tan hermosa,  
aunque toda oscura y negra,  
que al verla se duda cómo  
es alegre su tristeza.  
Las armas de Portugal  
vienen por remate de ella;  
que como tienen cautivo  
a su infante, tristes señas  
visten por su esclavitud,  
y a darle libertad llegan,  
diciendo su sentimiento.

FERNANDO: Don Juan, amigo, no es ésa  
de su luto la razón,  
que si a librarme vinieran,  
en fe de su libertad  
fueran alegres las muestras.

***Sale don ENRIQUE, vestido de luto con un  
pliego***

ENRIQUE: Dadme, gran señor, los brazos.

REY: Con bien venga vuestra alteza.

FERNANDO: ¡Ay, don Juan, cierta es mi muerte!

REY: ¡Ay, Muley, mi dicha es cierta!

ENRIQUE: Ya que de vuestra salud  
me informa vuestra presencia,  
para abrazar a mi hermano  
de dad, gran señor, licencia.  
¡Ay, Fernando!

***Abrázanse***

FERNANDO: Enrique mío,  
¿qué traje es ése? Mas cesa;  
harto me han dicho tus ojos,  
nada me diga tu lengua.  
No llores, que si es decirme  
que es mi esclavitud eterna,  
eso es lo que más deseo;  
albricias pedir pudieras,  
y en vez de dolor y luto  
vestir galas y hacer fiestas.  
¿Cómo está el rey, mi señor?  
Porque como él salud tenga,  
nada siento. ¿Aún no respondes?

ENRIQUE: Si repetidas las penas  
se sienten dos veces, quiero  
que sola una vez las sientas.  
Tú, escúchame, gran señor;  
que aunque una montaña sea  
rústico palacio, aquí  
te pido me des audiencia,  
a un preso la libertad,  
y atención justa a estas nuevas.  
Rota y deshecha la armada,  
que fue con vana soberbia  
pesadumbre de las ondas,  
dejando en África presa  
la persona del infante,  
a Lisboa di la vuelta,  
Desde el punto que Duarte  
oyó tan trágicas nuevas,  
de una tristeza cubrió  
el corazón, de manera  
que pasando a ser letargo  
la melancolía primera,  
muriendo desmintió a cuantos  
dicen que no matan penas.  
Murió el rey, que esté en el cielo.

FERNANDO: ¡Ay de mí! ¿Tanto le cuesta  
mi prisión?

REY: De esa desdicha  
sabe Alá lo que me pesa.  
Prosigue.

ENRIQUE: En su testamento  
el rey mi señor ordena  
que luego por la persona  
del infante se dé a Ceuta.  
Y así yo con los poderes  
de Alfonso, que es quien le hereda,  
porque sólo este lucero  
supliera del sol la ausencia,  
vengo a entregar la ciudad;  
y pues...

FERNANDO: No prosigas, cesa.  
Cesa, Enrique, porque son  
palabras indignas ésas,  
no de un portugués infante,  
de un maestro que profesa

de Cristo la religión,  
pero aun de un hombre lo fueran  
vil, de un bárbaro sin luz,  
de la fe de Cristo eterna.  
Mi hermano, que está en el cielo,  
si en su testamento deja  
esa cláusula, no es  
para que se cumpla y lea,  
sino para mostrar sólo  
que mi libertad desea,  
y ésa se busque por otros  
medios y otras conveniencias,  
o apacibles o crüeles.  
Porque decir "Dése a Ceuta"  
es decir "Hasta eso haced  
prodigiosas diligencias."  
Que a un rey católico y justo,  
¿cómo fuera, cómo fuera  
posible entregar a un moro  
una ciudad que le cuesta  
su sangre, pues fue el primero  
que con sola una rodela  
y una espada enarboló  
las quinias en sus almenas?  
Y eso es lo que importa menos.  
Una ciudad que confiesa  
católicamente a Dios,  
la que ha merecido iglesias  
consagradas a sus cultos  
con amor y reverencia,  
¿fuera católica acción,  
fuera religión expresa,  
fuera cristiana piedad,  
fuera hazaña portuguesa  
que los templos soberanos,  
Atlantes de las esferas,  
en vez de doradas luces  
adonde el sol reverbera,  
vieran otomanas sombras?  
¿Y que sus lunas opuestas  
en la iglesia, estos eclipses  
ejecutasen tragedias?  
¿Fuera bien que sus capillas  
a ser establos vinieran,  
sus altares a pesebres?  
Y cuando aquesto no fuera,  
volvieran a ser mezquitas.  
Aquí enmudece la lengua,  
aquí me falta el aliento,  
aquí me ahoga la pena  
porque en pensarlo no más  
el corazón se me quiebra,  
el cabello se me eriza,  
y todo el cuerpo me tiembla.  
Porque establos y pesebres  
no fuera la vez primera  
que hayan hospedado a Dios;  
pero en ser mezquitas, fueran  
un epitafio, un padrón,  
de nuestra inmortal afrenta,

diciendo "Aquí tuvo Dios  
 posada, y hoy se la niegan  
 los cristianos para darla  
 al demonio." Aún no se cuenta  
 --acá moralmente hablando--  
 que nadie en casa se atreva  
 de otro a ofenderle. ¿Era justo  
 que entrara en su casa misma  
 a ofender a Dios el vicio,  
 y que acompañado fuera  
 de nosotros, y nosotros  
 le guardáramos la puerta,  
 y para dejarle dentro  
 a Dios echásemos fuera?  
 Los católicos que habitan  
 con sus familias y haciendas  
 hoy, quizá prevaricaran  
 en la fe, por no perderlas.  
 ¿Fuera bien ocasionar  
 nosotros la contingencia  
 de este pecado? Los niños  
 que tiernos se crían en ella,  
 ¿fuera bueno que los moros  
 los cristianos indujeran  
 a sus costumbres y ritos  
 para vivir en su secta?  
 ¿En mísero cautiverio  
 fuera bueno que murieran  
 hoy tantas vidas, por una  
 que no importa que se pierda?  
 ¿Quién soy yo? ¿Soy más que un hombre?  
 Si es número que acrecienta  
 el ser infante, ya soy  
 un cautivo, de nobleza  
 no es capaz el que es esclavo;  
 yo lo soy, luego ya yerra  
 el que infante me llamare.  
 Si no lo soy, ¿quién ordena  
 que la vida de un esclavo  
 en tanto precio se venda?  
 Morir es perder el ser,  
 yo le perdí en una guerra;  
 perdí el ser, luego morí;  
 morí, luego ya no es cuerda  
 hazaña que por un muerto  
 hoy tantos vivos perezcan.  
 Y así estos vanos poderes,  
 hoy divididos en piezas,

### **Rómpelos**

serán átomos del sol,  
 serán del fuego centellas.  
 Mas no, yo los comeré  
 porque aún no quede una letra  
 que informe al mundo que tuvo  
 la lusitana nobleza  
 este intento. Rey, yo soy  
 tu esclavo, dispón, ordena

de mi libertad, no quiero,  
 ni es posible, que la tenga.  
 Enrique, vuelve a tu patria,  
 di que en África me dejas  
 enterrado, que mi vida  
 yo haré que muerte parezca.  
 Cristianos, Fernando es muerto;  
 moros, un esclavo os queda;  
 cautivos, un compañero  
 hoy se añade a vuestras penas;  
 cielos, un hombre restaura  
 vuestra divinas iglesias;  
 mar, un mísero con llanto  
 vuestras ondas acrecienta;  
 montes, un triste os habita,  
 igual ya de vuestras fieras;  
 viento, un pobre con sus voces  
 os duplica las esferas;  
 tierra, un cadáver hoy labra  
 en tus entrañas su huesa;  
 porque Rey, hermano, moros,  
 cristianos, sol, luna, estrellas,  
 cielo, tierra, mar y viento,  
 fieras, montes, todos sepan,  
 que hoy un príncipe constante  
 entre desdichas y penas  
 la fe católica ensalza,  
 la ley de Dios reverencia.  
 pues cuando no hubiera otra  
 razón más que tener Ceuta  
 una iglesia consagrada  
 a la Concepción eterna  
 de la que es reina y señora  
 de los cielos y la tierra,  
 perdiera, vive ella misma,  
 mil vidas en su defensa.

REY: Desagradecido, ingrato  
 a las glorias y grandezas  
 de mi reino, ¿cómo así  
 hoy me quitas, hoy me niegas  
 lo que más he deseado?  
 Mas si en mi reino gobiernas  
 más que en el tuyo, ¿qué mucho  
 que la esclavitud no sientas?  
 Pero ya que esclavo mío  
 te nombras y te confiesas,  
 como a esclavo he de tratarte.  
 Tu hermano y los tuyos vean  
 que ya, como vil esclavo,  
 los pies agora me besas.

ENRIQUE: ¡Qué desdicha!

MULEY: ¡Qué dolor!

ENRIQUE: ¡Qué desventura!

JUAN: ¡Qué pena!

REY: Mi esclavo eres.

FERNANDO: Es verdad,  
 y poco en eso te vengas;  
 que si para una jornada  
 salió el hombre de la tierra,  
 al fin de varios caminos

es para volver a ella.  
 Más tengo que agradecerte  
 que culparte, pues me enseñas  
 atajos para llegar  
 a la posada más cerca.

REY: Siendo esclavo, tú no puedes  
 tener títulos ni rentas.  
 Hoy Ceuta está en tu poder;  
 si cautivo te confiesas,  
 si me confiesas por dueño,  
 ¿por qué no me das a Ceuta?

FERNANDO: Porque es de Dios y no es mía.

REY: ¿No es precepto de obediencia  
 obedecer al señor?  
 Pues yo te mando con ella  
 que la entregues.

FERNANDO: En lo justo  
 dice el cielo que obedezca  
 el esclavo a su señor,  
 porque si el señor dijera  
 a su esclavo que pecara,  
 obligación no tuviera  
 de obedecerle; porque  
 quien peca mandado, peca.

REY: Daréte muerte.

FERNANDO: Ésa es vida.

REY: Pues para que no lo sea,  
 vive muriendo; que yo  
 rigor tengo.

FERNANDO: Y yo paciencia.

REY: Pues no tendrás libertad.

FERNANDO: Pues no será tuya Ceuta.

### **Sale CELÍN**

REY: ¡Hola!

CELÍN: ¿Señor?

REY: Luego al punto  
 aqueso cautivo sea  
 igual a todos. Al cuello  
 y a los pies le echad cadenas.  
 A mis caballos acuda  
 y en baño y jardín, y sea  
 abatido como todos.  
 No vista ropas de seda  
 sino sarga humilde y pobre;  
 coma negro pan y beba  
 agua salobre; en mazmorras  
 húmedas y oscuras duerma;  
 y a criados y a vasallos  
 se extienda aquesta sentencia.  
 Llevadlos todos.

ENRIQUE: ¡Qué llanto!

MULEY: ¡Qué desdicha!

JUAN: ¡Qué tristeza!

REY: Veré, bárbaro, veré  
 si llega a más tu paciencia  
 que mi rigor.

FERNANDO: Sí verás;

porque ésta en mí será eterna.

**Llévanle**

REY: Enrique, por el seguro  
de mi palabra que vuelvas  
a Lisboa te permito,  
el mar africano deja.  
Di en tu patria que su infante,  
su Maestre de Avis queda  
curándome los caballos;  
que a darle libertad vengan.

ENRIQUE: Sí harán, que si yo le dejo  
en su infelice miseria  
--y me sufre el corazón  
el no acompañarle en ella--  
es porque pienso volver  
con más poder y más fuerza  
para darle libertad.

REY: Muy bien harás, como puedas.

MULEY: (Ya ha llegado la ocasión **Aparte**  
de que mi lealtad se vea.  
La vida debo a Fernando.  
Yo le pagaré la deuda.)

**Vanse. Salen CELÍN y el infante [FERNANDO]  
de cautivo y con cadenas**

CELÍN: El rey manda que asistas  
en aqueste jardín, y no resistas  
su ley a tu obediencia.

FERNANDO: Mayor que su rigor es mi paciencia.

**Salen los cautivos, y uno canta mientras los otros  
cavan en un jardín. Canta**

CAUTIVO 1: "A la conquista de Tánger,  
contra el bárbaro Muley,  
al infante don Fernando  
envió su hermano el rey."

FERNANDO: ¿Que un instante mi historia  
no deje de cansar a la memoria?  
Triste estoy y turbado.

CAUTIVO 2: Cautivo, ¿cómo estáis tan descuidado?  
. . . . .[--estre]  
No lloréis, consolaos; que ya el maestre  
dijo que volveremos  
presto a la patria y libertad tendremos.  
Ninguno ha de quedar en este suelo.

FERNANDO: (¡Qué presto perderéis ese consuelo!) **Aparte**

CAUTIVO 2: Consolad los rigores,  
y ayudadme a regar aquestas flores.  
Tomad los cubos, y agua me id trayendo  
de aquel estanque.

FERNANDO: Obedecer pretendo.  
Buen cargo me habéis dado,

pues agua me pedís; que mi cuidado,  
sembrando penas, cultivando enojos,  
llenará en la corriente de mis ojos.

**Vase. Sale don JUAN y otro cautivo**

CAUTIVO 3: A este baño han echado  
más cautivos.

JUAN: Miremos con cuidado  
si estos jardines fueron  
donde vino, o si acaso estos le vieron;  
porque en su compañía  
menos el llanto y el dolor sería,  
y mayor el consuelo.  
Dígame, amigo, que te guarde el cielo,  
si viste cultivando  
este jardín al maestro don Fernando.

CAUTIVO 2: No, amigo, no le he visto.

JUAN: Mal el dolor y lágrimas resisto.

CAUTIVO 3: Digo que el baño abrieron,  
y que nuevos cautivos a él vinieron.

**Sale don FERNANDO, con dos cubos de agua**

FERNANDO: (Mortales, no os espante **Aparte**  
ver un Maestro de Avis, ver un infante  
en tan mísera afrenta;  
que el tiempo estas miserias representa.)

JUAN: Pues, señor, ¿vuestra alteza  
en tan mísero estado? De tristeza  
rompa el dolor el pecho.

FERNANDO: ¡Válgate Dios, qué gran pesar me has hecho,  
don Juan, en descubrirme!  
Que quisiera ocultarme y encubrirme  
entre mi misma gente,  
sirviendo pobre y miserablemente.

CAUTIVO 1: Señor, que perdonéis, humilde os ruego,  
haber andado yo tan loco y ciego.

CAUTIVO 2: Dadnos, señor, tu pies.

FERNANDO: Alzad, amigo,  
no hagáis tal ceremonia ya conmigo.

JUAN: Vuestra alteza...

FERNANDO: ¿Qué alteza  
ha de tener quien vive en tal bajeza?  
Ved que yo humilde vivo,  
y soy entre vosotros un cautivo.  
Ninguno ya me trate,  
sino como a su igual.

JUAN: ¡Que no desate  
un rayo el cielo para darme muerte!

FERNANDO: Don Juan, no ha de quejarse de esa suerte  
un noble. ¿Quién del cielo desconfía?  
La prudencia, el valor, la bizarría  
se ha de mostrar agora.

**Sale ZARA con un azafate**

ZARA: Al jardín sale Fénix mi señora,  
y manda que matices y colores  
borden este azafate de sus flores.

***Toma el azafate***

FERNANDO: Yo llevarsele espero,  
que en cuanto sea servir seré el primero.

CAUTIVO 1: Ea, vamos a cogellas.

ZARA: Aquí os aguardo mientras vais por ellas.

***Híncase de rodillas los esclavos***

FERNANDO: No me hagáis cortesías.  
Iguales vuestras penas y las mías  
son; y pues nuestra surte,  
si hoy no, mañana ha de igualar la muerte.  
No será acción liviana  
no dejar hoy que hacer para mañana.

***Vanse el infante [FERNANDO] y todos  
haciéndole cortesías, quédase ZARA, y salen  
FÉNIX y ROSA***

FÉNIX: ¿Mandaste que me trajesen  
las flores?

ZARA: Ya lo mandé.

FÉNIX: Sus colores deseé  
para que me divirtiesen.

ROSA: ¡Que tales, señora, fuesen,  
creyendo tus fantasías,  
tus graves melancolías!

ZARA: ¿Qué te obligó a estar así?

FÉNIX: No fue sueño lo que vi,  
que fueron desdichas mías.  
Cuando sueña un desdichado  
que es dueño de algún tesoro,  
ni dudo, Zara, ni ignoro  
que entonces es bien soñado;  
mas si a soñar ha llegado  
en fortuna tan incierta  
que desdicha le concierta  
y aquello sus ojos ven,  
pues soñando el mal y el bien,  
halla el mal cuando despierta.  
Piedad no espero, ¡ay de mí!  
Porque mi mal será cierto.

ZARA: ¿Y qué dejas para el muerto  
si tú lo sientes así?

FÉNIX: Ya mis desdichas creí.  
¡Precio de un muerto! ¿Quién vio  
tal pena? No hay gusto, no  
a una infelice mujer.  
¿Que al fin de un muerto he de ser?  
¿Quién será este muerto?

***Sale don FERNANDO con las flores***

FERNANDO: Yo.  
 FÉNIX: ¡Ay cielos! ¿Qué es lo que veo?  
 FERNANDO: ¿Qué te admira?  
 FÉNIX: De una suerte  
 me admira el oírte y verte.  
 FERNANDO: No lo jures, bien lo creo.  
 Yo, pues, Fénix, que deseo  
 servirte humilde, traía  
 flores, de la suerte mía  
 jeroglíficos, señora,  
 pues nacieron con la aurora  
 y murieron con el día.  
 FÉNIX: A la maravilla dio  
 ese nombre al descubrilla.  
 FERNANDO: ¿Qué flor, di, no es maravilla  
 cuando te la sirvo yo?  
 FÉNIX: Es verdad. Di, ¿quién causó  
 esta novedad?  
 FERNANDO: Mi suerte.  
 FÉNIX: ¿Tan rigurosa es?  
 FERNANDO: Tan fuerte.  
 FÉNIX: Pena das.  
 FERNANDO: Pues no te asombre.  
 FÉNIX: ¿Por qué?  
 FERNANDO: Porque nace el hombre  
 sujeto a fortuna y muerte.  
 FÉNIX: ¿No eres Fernando?  
 FERNANDO: Sí soy.  
 FÉNIX: ¿Quién te puso así?  
 FERNANDO: La ley  
 de esclavo.  
 FÉNIX: ¿Quién la hizo?  
 FERNANDO: El rey.  
 FÉNIX: ¿Por qué?  
 FERNANDO: Porque suyo soy.  
 FÉNIX: ¿Pues no te ha estimado hoy?  
 FERNANDO: Y también me ha aborrecido.  
 FÉNIX: ¿Un día posible ha sido  
 a desunir dos estrellas?  
 FERNANDO: Para presumir por ellas  
 las flores habrán venido.  
  
 Éstas, que fueron pompa y alegría  
 despertando al albor de la mañana,  
 a la tarde serán lástima vana,  
 durmiendo en brazos de la noche fría.  
 Este matiz, que al cielo desafía,  
 iris listado de oro, nieve y grana,  
 será escarmiento de la vida humana.  
 ¡Tanto se emprende en término de un día!  
 A florecer las rosas madrugaron,  
 y para envejecerse florecieron.  
 Cuna y sepulcro en un botón hallaron.  
 Tales los hombres sus fortunas vieron.  
 En un día nacieron y espiraron;  
 que pasado los siglos, horas fueron.  
  
 FÉNIX: Horror y miedo me has dado,

ni oírte ni verte quiero;  
sé que el desdichado primero  
de quien huyo un desdichado.

FERNANDO: ¿Y las flores?  
FÉNIX: Si has hallado  
jeroglíficos en ellas,  
deshacellas y rompellas  
sólo sabrán mis rigores.

FERNANDO: ¿Qué culpa tienen las flores?  
FÉNIX: Parecerse a las estrellas.  
FERNANDO: ¿Ya no las quieres?  
FÉNIX: Ninguna  
estimo en su rosicler.

FERNANDO: ¿Cómo?  
FÉNIX: Nace la mujer  
sujeta a muerte y fortuna;  
y en esa estrella importuna  
tasada mi vida vi.

FERNANDO: ¿Flores con estrellas?  
FÉNIX: Sí.  
FERNANDO: Aunque sus rigores lloro,  
esa propiedad ignoro.  
FÉNIX: Escucha, sabráslo.  
FERNANDO: Di.

FÉNIX: Esos rasgos de luz, esas centellas  
que cobran con amagos superiores  
alimentos del sol en resplandores,  
aquellos viven que se duelen de ellas.  
Flores nocturnas son; aunque tan bellas,  
efímeras padecen sus ardores;  
pues si un día es el siglo de las flores,  
una noche es la edad de las estrellas.  
De esa, pues, primavera fugitiva  
ya nuestro mal, ya nuestro bien se infiere.  
Registro es nuestro, o muera el sol o viva.  
¿Qué duración habrá que el hombre espere,  
o qué mudanza habrá, que no reciba  
de astro que cada noche nace y muere?

**Vase [FÉNIX], y sale MULEY**

MULEY: A que se ausente Fénix  
en esta parte esperé;  
que el águila más amante  
huye de la luz tal vez.  
¿Estamos solos?  
FERNANDO: Sí.  
MULEY: Escucha.  
FERNANDO: ¿Qué quieres, noble Muley?  
MULEY: Que sepas que hay en el pecho  
de un moro lealtad y fe.  
No sé por dónde empezar  
a declararme, ni sé  
si diga cuánto he sentido  
este inconstante desdén  
del tiempo, este estrago injusto  
de la suerte, este crúel  
ejemplo del mundo, y este

de la fortuna vaivén,  
mas a riesgo estoy si aquí  
hablar contigo me ven,  
que tratarte sin respeto  
es ya decreto del rey.  
Y así, a mi dolor dejando  
la voz, que él podrá más bien  
explicarse, como esclavo  
vengo a arrojarme a esos pies.  
Yo lo soy tuyo, y así  
no vengo, infante, a ofrecer  
mi favor, sino a pagar  
deuda que un tiempo cobré.  
La vida que tú me diste  
vengo a darte; que hacer bien  
es tesoro que se guarda  
para cuando es menester.  
Y porque el temor me tiene  
con grillos de miedo al pie,  
y está mi pecho y mi cuello  
entre el cuchillo y cordel,  
quiero, acortando discursos,  
declararme de una vez.  
Y así digo que esta noche  
tendré en el mar un bajel  
prevenido; en las troneras  
de las mazmorras pondré  
instrumentos que desarmen  
las prisiones que tenéis;  
luego, por parte de afuera,  
los candados romperé.  
Tú, con todos los cautivos  
que Fez encierra, hoy en él  
vuelve a tu patria, seguro  
de que yo lo quedo en Fez,  
pues es fácil el decir  
que ellos pudieron romper  
la prisión; y así los dos  
habremos librado bien,  
yo el honor y tú la vida,  
pues es cierto que a saber  
el rey mi intento me diera  
por traidor con justa ley;  
que no sintiera el morir.  
Y porque son menester  
para granjear voluntades  
dineros, aquí se ve  
a estas joyas reducido  
innumerable interés.  
Éste es, Fernando, el rescate  
de mi prisión, ésta es  
la obligación que te tengo;  
que un esclavo noble y fiel  
tan inmenso bien había  
de pagar alguna vez.

FERNANDO: Agradecerte quisiera  
la libertad; pero el rey  
sale al jardín.

MULEY: ¿Hate visto  
conmigo?

FERNANDO: No.  
 MULEY: Pues no des  
 qué sospechar.  
 FERNANDO: De estos ramos  
 haré rústico cancel  
  
 que me encubra mientras pasa.

***Escóndese, y sale el REY***

REY: (¿Con tal secreto Muley **Aparte**  
 y Fernando? ¿E irse el uno  
 en el punto que me ve,  
 y disimular el otro?  
 Algo hay aquí que temer.  
 Sea cierto o no sea cierto  
 mi temor procuraré  
 asegurar.) Mucho estimo...  
 MULEY: Gran señor, dame tus pies.  
 REY: ...hallarte aquí.  
 MULEY: ¿Qué me mandas?  
 REY: Mucho he sentido el no ver  
 a Ceuta por mía.  
 MULEY: Conquista,  
 coronado de laurel,  
 sus muros; que a tu valor  
 mal se podrá defender.  
 REY: Con más doméstica guerra  
 se ha de rendir a mis pies.  
 MULEY: ¿De qué suerte?  
 REY: De esta suerte:  
 con abatir y poner  
 a Fernando en tal estado  
 que él mismo a Ceuta me dé.  
 Sabrás, pues, Muley amigo,  
 que yo he llagado a temer  
 que del maestro la persona  
 no está muy segura en Fez.  
 Los cautivos, que en estado  
 tan abatido le ven,  
 se lastiman, y recelo  
 que se amotinen por él.  
 Fuera de esto, siempre ha sido  
 poderoso el interés;  
 que las guardas con el oro  
 son fáciles de romper.  
 MULEY: (Yo quiero apoyar agora **Aparte**  
 que todo esto puede ser,  
 porque de mí no se tenga  
 sospecha.) Tú temes bien,  
 fuerza es que quieran librarle.  
 REY: Pues sólo un remedio hallé,  
 porque ninguno se atreva  
 a atropellar mi poder.  
 MULEY: ¿Y es, señor?  
 REY: Muley, que tú  
 le guardes, y a cargo esté  
 tuyo; a ti no ha de torcerte  
 ni el temor ni el interés.

Alcaide eres del infante,  
 procura el guardarle bien;  
 porque en cualquiera ocasión  
 tú me has de dar cuenta de él.

**Vase**

MULEY: Sin duda alguna que oyó  
 nuestros conciertos el rey.  
 ¡Válgame Alá!

**Sale don FERNANDO**

FERNANDO: ¿Qué te aflige?

MULEY: ¿Has escuchado?

FERNANDO: Muy bien.

MULEY: ¿Pues para qué me preguntas

qué me aflige, si me ves  
 en tan ciega confusión,  
 y entre mi amigo y el rey  
 el amistad y el honor  
 hoy en batalla se ven?  
 Si soy contigo leal,  
 he de ser traidor con él;  
 ingrato seré contigo  
 si con él me juzgo fiel.  
 ¿Qué he de hacer? ¡Valedme cielos!  
 Pues al mismo que llegué  
 a rendir la libertad  
 me entrega, para que esté  
 seguro en mi confianza?  
 ¿Qué he de hacer si ha echado el rey  
 llave maestra al secreto?  
 Mas para acertarlo bien  
 te pido que me aconsejes.  
 Dime tú qué debo hacer.

FERNANDO: Muley, amor y amistad  
 en grado inferior se ven  
 con la lealtad y el honor.  
 Nadie iguala con el rey.  
 Él solo es igual contigo  
 y así mi consejo es  
 que a él le sirvas y me faltes.  
 Tu amigo soy y porque  
 esté seguro tu honor  
 yo me guardaré también;  
 y aunque otro llegue a ofrecerme  
 libertad, no aceptaré  
 la vida, porque tu honor  
 conmigo seguro esté.

MULEY: Fernando, no me aconsejas  
 tan leal como cortés.  
 Sé que te debo la vida,  
 y que pagártela es bien;  
 y así lo que está tratado  
 esta noche dispondré.  
 Líbrate tú, que mi vida  
 se quedará a padecer

tu muerte; líbrate tú,  
que nada temo después.  
FERNANDO: ¿Y será justo que yo  
sea tirano [e infiel]  
con quien conmigo es piadoso,  
y mate al honor, crüel,  
que a mí me está dando vida?  
No, y así te quiero hacer  
juez de mi causa y mi vida.  
Aconséjame también.  
¿Tomaré la libertad  
de quien queda a padecer  
por mí? ¿Dejaré que sea  
uno con su honor crüel  
por ser liberal conmigo?  
¿Qué me aconsejas?

MULEY: No sé;  
que no me atrevo a decir  
sí ni no; el no porque  
me pesará que lo diga;  
y el sí porque echo de ver  
si voy a decir que sí,  
que no te aconsejo bien.

FERNANDO: Sí aconsejas, porque yo,  
por mi Dios y por mi ley  
seré un príncipe constante  
en la esclavitud de Fez.

## FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

---

## TERCERA JORNADA

---

*Salen MULEY y el REY*

MULEY: (Ya que socorrer no espero, **Aparte**  
por tantas guardas del Rey,  
a don Fernando, hacer quiero  
sus ausencias, que ésta es ley  
de un amigo verdadero.)  
Señor, pues yo te serví  
en tierra y mar, como sabes,  
si en tu gracia merecí  
lugar, en penas tan graves  
atento me escucha.

REY: Si.

MULEY: Fernando...

REY: No digas más.

MULEY: ¿Posible es que no me oirás?

REY: No, que en diciendo Fernando  
ya me ofendes.

MULEY: ¿Cómo o cuándo?

REY: Como ocasión no me das  
de hacer lo que me pidieres  
cuando me ruegas por él.

MULEY: Si soy su guarda, ¿no quieres,  
señor, que dé cuenta de él?

REY: Di; pero piedad no esperes.

MULEY: Fernando, cuya importuna  
suerte sin piedad alguna  
vive, a pesar de la fama,  
tanto que el mundo le llama  
el monstruo de la Fortuna,  
examinando el rigor,  
mejor dijera el poder  
de tu corona, señor;  
hoy a tan mísero ser  
le ha traído su valor  
que en un lugar arrojado,  
tan humilde y desdichado  
que es indigno de tu oído,  
enfermo, pobre y tullido  
piedad pide al que ha pasado;  
porque como le mandaste  
que en las mazmorras durmiese,  
que en los baños trabajase,  
que tus caballos curase,  
y nadie a comer le diese,  
a tal extremo llegó,  
como era su natural  
tan flaco, que se tulló;  
y así la fuerza del mal  
brío y majestad rindió.  
Pasando la noche fría  
en una mazmorra dura,  
constante en su fe porfía;  
y al salir la lumbre pura  
del sol, que es padre del día,  
los cautivos--¡pena fiera!--  
en una mísera estera  
le ponen en tal lugar  
que es--¿dirélo?--un muladar;  
porque es su olor de manera,  
que nadie puede sufrille  
junto a su casa, y así  
todos dan en despedille,  
y ha venido a estar allí  
sin hablalle y sin oílle,  
ni compadecerse de él.  
Sólo un criado y un fiel  
caballero en pena extraña  
le consuela y compañía.  
Estos dos parten con él  
su porción, tan sin provecho,  
que para uno solo es poca,  
pues cuando los labios toca,  
se suele pasar al pecho  
sin que lo sepa la boca;  
y aun a estos dos los castiga  
tu gente, por la piedad  
que al dueño a servir obliga;  
mas no hay rigor ni crueldad,

por más que ya los persiga,  
 que de él los pueda apartar.  
 Mientras uno va a buscar  
 de comer, el otro queda,  
 con quien consolarse pueda  
 de su desdicha y pesar.

Acaba ya rigor tanto,  
 ten del príncipe, señor,  
 puesto en tan fiero quebranto,  
 ya que no piedad, horror;  
 asombro, ya que no llanto.

REY: Bien está, Muley.

**Sale FÉNIX**

FÉNIX: Señor,  
 si ha merecido en tu amor  
 gracia alguna mi humildad,  
 hoy a vuestra majestad  
 vengo a pedir un favor.

REY: ¿Qué podré negarte a ti?

FÉNIX: Fernando el maestre...

REY: Está bien;  
 ya no hay que pasar de ahí.

FÉNIX: Horror da a cuantos le ven  
 en tal estado; de ti  
 sólo merecer quisiera...

REY: ¡Detente, Fénix, espera!  
 ¿Quién a Fernando le obliga  
 para que su muerte siga,  
 para que infelice muera?

Si por ser crüel y fiel  
 a su fe sufre castigo  
 tan dilatado y crüel,  
 él es el crüel consigo,  
 que yo no lo soy con él.

¿No está en su mano salir  
 de su miseria y vivir?  
 Pues eso en su mano está.  
 Entregue a Ceuta y saldrá  
 de padecer y sentir.

**Sale CELÍN**

CELÍN: Licencia aguarden que des,  
 señor, dos embajadores.  
 De Tarudante uno es,  
 y el otro del portugués  
 Alfonso.

FÉNIX: (¿Hay penas mayores? **Aparte**  
 Sin duda que por mí envía  
 Tarudante.)

MULEY: (Hoy perdí, cielos **Aparte**  
 la esperanza que tenía.  
 Mátenme amistad y celos,  
 todo lo perdí en un día.)

REY: Entren, pues. En este estrado

conmigo te asienta, Fénix.

***Siéntanse, y salen ALFONSO y TARUDANTE, cada uno por su parte***

TARUDANTE: Generoso rey de Fez...  
 ALFONSO: Rey de Fez altivo y fuerte...  
 TARUDANTE: ...cuya fama...  
 ALFONSO: ...cuya vida...  
 TARUDANTE: ...nunca muera...  
 ALFONSO: ...viva siempre...  
 TARUDANTE: ...y tú de aquel sol aurora...  
 ALFONSO: ...tú de aquel ocaso oriente..  
 TARUDANTE: ...a pesar de siglos dures...  
 ALFONSO: ...a pesar de tiempos reines...  
 TARUDANTE: ...porque tengas...  
 ALFONSO: ...porque goces...  
 TARUDANTE: ...felicidades...  
 ALFONSO: ...laureles...  
 TARUDANTE: ...altas dichas...  
 ALFONSO: ...triumfos grandes...  
 TARUDANTE: ...pocos males.  
 ALFONSO: ...muchos bienes.  
 TARUDANTE: ¿Cómo, mientras hablo yo,  
 tú, cristiano, a hablar te atreves?  
 ALFONSO: Porque nadie habla primero  
 que yo, donde yo estuviere.  
 TARUDANTE: A mí, por ser de nación  
 alarbe, el lugar me deben  
 primero; que los extraños  
 donde hay propios, no prefieren.  
 ALFONSO: Donde saben cortesía,  
 sí hacen; pues vemos siempre  
 que dan en cualquiera parte  
 el mejor lugar al huésped.  
 TARUDANTE: Cuando esa razón lo fuera,  
 aún no pudiera vencerme;  
 porque el primero lugar  
 sólo se le debe al huésped.  
 REY: Ya basta; y los dos agora  
 en mis estrados se sienten.  
 Hable el portugués que, en fin,  
 por de otra ley se le debe  
 más honor.  
 TARUDANTE: (Corrido estoy.) **Aparte**  
 ALFONSO: Agora yo seré breve.  
 Alfonso de Portugal,  
 rey famoso, a quien celebre  
 la fama en lenguas de bronce  
 a pesar de envidia y muerte,  
 salud te envía y te ruega  
 que pues libertad no quiere  
 Fernando, como su vida  
 la ciudad de Ceuta cueste,  
 que reduzcas su valor  
 hoy a cuantos intereses  
 el más avaro codicie,  
 el más liberal desprecie;  
 y que dará en plata y oro

tanto precio como pueden  
 valer dos ciudades. Esto  
 te pide amigablemente;  
 pero si no se le entregas,  
 que ha de librarle promete  
 por armas, a cuyo efecto  
 ya sobre la espalda leve  
 del mar ciudades fabrica  
 de mil armados bajeles;  
 y jura que a sangre y fuego  
 ha de librarle y vencerte,  
 dejando aquesta campaña  
 llena de sangre, de suerte  
 que cuando el sol se levante  
 halle los matices verdes  
 esmeraldas, y los pierda  
 rubíes cuando se acueste.

TARUDANTE: Aunque como embajador  
 no me toca responderte  
 en cuanto toca a mi rey  
 puedo, cristiano, atreverme  
 --porque ya es suyo este agravio--  
 como hijo que obedece  
 al rey, mi señor; y así  
 decir de su parte puedes  
 a don Alfonso que venga,  
 porque en término más breve  
 que hay de la noche a la aurora,  
 vea en púrpura caliente  
 agonizar estos campos,  
 tanto que los cielos piensen  
 que se olvidaron de hacer  
 otras flores que claveles.

ALFONSO: Si fueras, moro, mi igual,  
 pudiera ser que se viese  
 reducida esta victoria  
 a dos jóvenes valientes;  
 mas dile a tu rey que salga  
 si ganar fama pretende,  
 que yo haré que salga el mío.

TARUDANTE: Casi has dicho que lo eres,  
 y siendo así, Tarudante  
 sabrá también responderte.

ALFONSO: Pues en campaña te espero.

TARUDANTE: Yo haré que poco me esperes,  
 porque soy rayo.

ALFONSO: Yo viento.

TARUDANTE: Volcán soy que llamas vierte.

ALFONSO: Hidra soy que fuego arroja.

TARUDANTE: Yo soy furia.

ALFONSO: Yo soy muerte.

TARUDANTE: ¿Que no te espantes de oírme?

ALFONSO: ¿Que no te mueras de verme?

REY: Señores, vuestras altezas,  
 ya que los enojos pueden  
 correr al sol las cortinas  
 que le embozan y oscurecen,  
 adviertan que en tierra mía  
 campo aplazarse no puede  
 sin mí; y así yo le niego,

para que tiempo me quede  
de serviros.

ALFONSO: No recibo  
yo hospedajes ni mercedes  
de quien recibo pesares.  
Por Fernando vengo; el verle  
me obligó a llegar a Fez  
disfrazado de esta suerte.  
Antes de entrar en tu corte  
supe que a esta quinta alegre  
asistías, y así vine  
a hablarte, porque fin diese  
la esperanza que me trajo;  
y pues tan mal me sucede,  
advierte, señor, que sólo  
la respuesta me detiene.

REY: La respuesta, rey Alfonso,  
será compendiosa y breve;  
que si no me das a Ceuta,  
no hayas miedo que le lleves.

ALFONSO: Pues ya he venido por él,  
y he de llevarle. Prevente  
para la guerra que aplazo.  
Embajador, o quien eres,  
veámonos en campaña.  
¡Hoy toda el África tiembla.

### Vase

TARUDANTE: Ya que no pude lograr  
la fineza, hermosa Fénix,  
de serviros como esclavo,  
logre al menos la de verme  
a vuestros pies. Dad la mano  
a quien un alma os ofrece.

FÉNIX: Vuestra alteza, gran señor,  
finezas y honras no aumente  
a quien le estima, pues sabe  
lo que a sí mismo se debe.

MULEY: (¿Qué espera quien esto llega **Aparte**  
a ver y no se da muerte?)

REY: Ya que vuestra alteza vino  
a Fez impensadamente,  
perdone del hospedaje  
la cortedad.

TARUDANTE: No consiente  
mi ausencia más dilación  
que la de un plazo muy breve;  
y supuesto que venía  
mi embajador con poderes  
para llevar a mi esposa,  
como tú dispuesto tienes,  
no, por haberlo yo sido,  
mi fineza desmerece  
la brevedad de la dicha.

REY: En todo, señor, me vences;  
y así por pagar la deuda  
como porque se previenen  
tantas guerras, es razón

que desocupado quede  
de estos cuidados; y así  
volverte luego conviene  
antes que ocupen el paso  
las amenazadas huestes  
de Portugal.

TARUDANTE: Poco importa,  
porque yo vengo con gente  
y ejército numeroso,  
tal, que esos campos parecen  
más ciudades que desiertos,  
y volveré brevemente  
con ella a ser tu soldado.

REY: Pues luego es bien que se apreste  
la jornada; pero en Fez  
será bien, Fénix, que entres,  
a alegrar esa ciudad.  
¿Muley?

MULEY: ¿Gran señor?

REY: Prevente,  
que con la gente de guerra  
has de ir sirviendo a Fénix,  
hasta que quede segura  
y con su esposo la dejes.

**Vase**

MULEY: (Esto sólo me faltaba, **Aparte**  
para que, estando yo ausente,  
aún le falte mi socorro  
a Fernando, y no le quede  
esta pequeña esperanza.  
.....[ -e-e.]

**Vanse. Sacan don JUAN y otros CAUTIVOS al infante  
don FERNANDO, y le sientan en una estera**

FERNANDO: Ponedme en aquesta parte,  
para que goce mejor  
la luz que el cielo reparte.  
¡Oh inmenso, oh dulce Señor,  
qué de gracias debo darte!  
Cuando como yo se veía  
Job, el día maldecía,  
mas era por el pecado  
en que había sido engendrado;  
pero yo bendigo el día  
por la gracia que nos da  
Dios en él; pues claro está  
que cada hermoso arbol,  
y cada rayo del sol  
lengua de fuego será  
con que le alabo y bendigo.

BRITO: ¿Estás bien, señor, así?

FERNANDO: Mejor que merezco, amigo.  
¡Qué de piedades aquí,  
oh señor, usáis conmigo!  
Cuando acaban de sacarme  
de un calabozo, me dais  
un sol para calentarme.

¡Liberal, señor, estáis!  
 CAUTIVO 1: Sabe el cielo si quedarme  
 y acompañaros quisiera,  
 mas ya veis que nos espera  
 el trabajo.  
 FERNANDO: Hijos, adiós.  
 CAUTIVO 2: ¡Qué pesar!  
 CAUTIVO 3: ¡Qué ansia tan fiera!

**Vanse**

FERNANDO: ¿Quedáis conmigo los dos?  
 JUAN: Yo también te he de dejar.  
 FERNANDO: ¿Qué haré yo sin tu favor?

.....[-ar].  
 JUAN: Presto volveré, señor;  
 que sólo voy a buscar  
 algo que comas, porque  
 después que Muley se fue  
 de Fez, nos falta en el suelo  
 todo el humano consuelo;  
 pero con todo eso iré  
 a procurarle, si bien  
 imposibles solicito,  
 porque ya cuantos me ven,  
 por no ir contra el edito  
 que manda que no te den  
 ni agua tampoco, ni a mí  
 me venden nada, señor,  
 por ver que te asisto a ti;  
 que a tanto llega el rigor  
 de la suerte. Pero aquí  
 gente viene.

**Vase**

FERNANDO: ¡Oh si pudiera  
 mi voz mover a piedad  
 a alguno, porque siquiera  
 un instante más viviera  
 padeciendo!

**Salen el REY, TARUDANTE, FÉNIX, y  
 CELÍN**

CELÍN: [Majestad,]  
 por una calle has venido  
 que es fuerza que visto seas  
 del infante y advertido.

**[A TARUDANTE]**

REY: Acompañarte he querido  
 porque mi grandeza veas.  
 FERNANDO: Dale de limosna hoy  
 a este pobre algún sustento;

mirad que hombre humano soy,  
y que afligido y hambriento  
muriendo de hambre estoy.

Hombres doleos de mí,  
que una fiera de otra fiera  
se compadece.

BRITO: Ya aquí  
no hay pedir de esa manera.

FERNANDO: ¿Cómo he de decir?

BRITO: Así:  
Moros, tened compasión,  
y algo que este pobre coma  
le dad en esta ocasión  
por el santo zancarrón  
del gran profeta Mahoma.

REY: Que tenga fe en este estado  
tan mísero y desdichado  
más me ofende, más me infama,  
¡maestre, infante!

BRITO: El rey llama.

FERNANDO: ¿A mí, Brito? Haste engañado.

Ni infante ni maestre soy,  
el cadáver suyo sí;  
y pues ya en la tierra estoy,  
aunque infante y maestre fui,  
no es ése mi nombre hoy.

REY: Pues no eres maestre ni infante,  
respóndeme por Fernando.

FERNANDO: Agora, aunque me levante  
de la tierra, iré arrastrando  
a besar tu pie.

REY: ¿Constante  
te muestras a mi pesar?  
¿Es humildad o valor  
esta obediencia?

FERNANDO: Es mostrar  
cuanto debe respetar  
el esclavo a su señor.

Y pues que tu esclavo soy,  
y estoy en presencia tuya,  
esta vez tengo de hablarte.  
Mi rey y señor, escucha.  
Rey te llamé y, aunque seas  
de otra ley, es tan augusta  
de los reyes la deidad,  
tan fuerte y tan absoluta,  
que engendra ánimo piadoso;  
y así es forzoso que acudas  
a la sangre generosa  
con piedad y con cordura;  
que aun entre brutos y fieras  
Este nombre es de tan suma  
autoridad, que la ley  
de naturaleza ajusta  
obediencias. Y así, leemos  
en repúblicas incultas  
al león rey de las fieras,  
que cuando la frente arruga  
de guedejas se corona,

es piadoso, pues que nunca  
hizo presa en el rendido.  
En las saladas espumas  
del mar el delfín, que es rey  
de los peces, le dibujan  
escamas de plata y oro  
sobre la espalda cerúlea  
coronas, y ya se vio  
de una tormenta importuna  
sacar los hombre a tierra,  
porque el mar no los consuma.  
El águila caudalosa,  
a quien copete de plumas  
riza el viento en sus esferas,  
de cuantas aves saludan  
al sol es emperatriz,  
y con piedad noble y justa,  
porque brindado no beba  
el hombre entre plata pura  
la muerte, que en los cristales  
mezcló la ponzoña dura  
del áspid, con pico y alas  
los revuelve y los enturbia.  
Aun entre plantas y piedras  
se dilata y se dibuja  
este imperio. La granada  
a quien coronan las puntas  
de una corteza en señal  
de que es reina de las frutas,  
envenenada marchita  
los rubíes que la ilustran,  
y los convierte en topacios,  
color desmayada y mustia.  
El diamante, a cuya vista  
ni aun el imán ejecuta  
su propiedad, que por rey  
esta obediencia le jura,  
tan noble es que la traición  
del dueño no disimula,  
y la dureza, imposible  
de que buriles la pulan,  
se deshace entre sí misma  
vuelta en cenizas menudas.  
Pues si entre fieras y peces,  
plantas, piedras y aves, usa  
esta majestad de rey  
de piedad, no será injusta  
entre los hombres, señor;  
porque el ser no te disculpa  
de otra ley, que la crueldad  
en cualquiera ley es una.  
No quiero compadecerte  
con mis lágrimas y angustias  
para que me des la vida,  
que mi voz no la procura;  
que bien sé que he de morir  
de esta enfermedad que turba  
mis sentidos, que mis miembros  
discurre helada y caduca.  
Bien sé, al fin, que soy mortal,

y que no hay hora segura;  
y por eso dio una forma  
con una materia en una  
semejanza la razón  
al ataúd y a la cuna.  
Acción nuestra es natural  
cuando recibir procura  
algo un hombre, alzar las manos  
en esta manera juntas;  
mas cuando quiere arrojarlo,  
de aquella misma acción usa,  
pues las vuelve boca abajo  
porque así las desocupa.  
El mundo cuando nacemos,  
en señal de que nos busca,  
en la cuna nos recibe,  
y en ella nos asegura  
boca arriba; pero cuando  
o con desdén o con furia  
quiere arrojarnos de sí,  
vuelve las manos que junta,  
y aquel instrumento mismo  
forma esta materia muda,  
pues fue cuna boca arriba  
lo que boca abajo es tumba;  
tan cerca vivimos, pues,  
de nuestra muerte, tan juntas  
tenemos, cuando nacemos  
el lecho como la cuna.  
¿Qué aguarda quien esto oye?  
Quien esto sabe, ¿qué busca?  
Claro está que no será  
la vida. No admite duda.  
La muerte sí; ésta te pido  
porque los cielos me cumplan  
un deseo de morir  
por la fe; que aunque presumas  
que esto es desesperación  
porque el vivir me disgusta,  
no es sino afecto de dar  
la vida en defensa justa  
de la fe, y sacrificar  
a Dios vida y alma juntas;  
y así, aunque pida la muerte,  
el afecto me disculpa.  
Y si piedad no puede  
vencerte, el rigor presume  
obligarte. ¿Eres león?  
Pues ya será bien que rujas,  
y despedaces a quien  
te ofende, agravia e injuria.  
¿Eres águila? Pues hiere  
con el pico y con las uñas  
a quien tu nido deshace.  
¿Eres delfín? Pues anuncia  
tormentas al marinero  
que el mar de este mundo surca.  
¿Eres árbol real? Pues muestra  
todas las ramas desnudas  
a la violencia del tiempo

que iras de Dios ejecuta.  
 ¿Eres diamante? Hecho polvos  
 sé, pues venenosa furia;  
 y cánsate, porque yo,  
 aunque más tormentos sufra,  
 aunque más rigores vea,  
 aunque llore más angustias,  
 aunque más miserias pase,  
 aunque halle más desventuras,  
 aunque más hambre padezca,  
 aunque mis carnes no cubran  
 estas ropas, y aunque sea  
 mi esfera esta estancia sucia,  
 firme he de estar en mi fe;  
 porque es el sol que me alumbra,  
 porque es la luz que me guía,  
 es el laurel que me ilustra.  
 No has de triunfar de la Iglesia;  
 de mí, si quisieres, triunfa;  
 Dios defenderá mi causa,  
 pues yo defiendo la suya.

REY:           ¿Posible es que en tales penas  
 blasones y te consueles  
 si tú de ti no te dueles  
 siendo propias? ¿Qué condenas  
 no me duelan, siendo ajenas;  
 que pues tu muerte causó  
 tu misma mano, y yo no,  
 no esperes piedad de mí.  
 Ten lástima de ti,  
 Fernando, y tendréla yo.

**Vase**

FERNANDO:    Señor, vuestra majestad  
 me valga.  
 TARUDANTE:    ¡Qué desventura!

**Vase**

FERNANDO:    Si es alma de la hermosura  
 esa divina deidad,  
 vos, señora, me amparad  
 con el rey.  
 FÉNIX:           ¡Qué gran dolor!  
 FERNANDO:    ¿Aún no me miráis?  
 FÉNIX:           ¡Qué horror!  
 FERNANDO:    Hacéis bien; que vuestros ojos  
 no son para ver enojos.  
 FÉNIX:           ¡Qué lástima! ¡Qué pavor!  
 FERNANDO:    Pues aunque no me miréis,  
 señora, es bien que sepáis  
 que aunque tan bella os juzgáis  
 y ausentáros intentéis  
 que más que yo no valéis,  
 y yo quizá valgo más.  
 FÉNIX:           Horror con tu voz me das

y con tu aliento me hieres.  
 ¡Déjame, hombre! ¿Qué me quieres?  
 ¡Que no puedo sentir más.

**Vase**  
**Sale don JUAN, con un pan**

JUAN: Por alcanzar este pan  
 que traerte, me han seguido  
 los moros, y me han herido  
 con los palos que me dan.

FERNANDO: Ésa es la herencia de Adán.

JUAN: Tómale.

FERNANDO: Amigo leal,  
 tarde llegas, que mi mal  
 es ya mortal.

JUAN: Déme el cielo  
 en tantas penas consuelo.

FERNANDO: Pero, ¿qué mal no es mortal  
 si mortal el hombre es,  
 y en este confuso abismo  
 la enfermedad de sí mismo  
 le viene a matar después?  
 Hombre, mira que no estés  
 descuidado. La verdad  
 sigue, que hay eternidad  
 y otra enfermedad no esperes  
 que te avise, pues tú eres  
 tu mayor enfermedad.

Pisando la tierra dura  
 de continuo el hombre está,  
 y cada paso que da  
 es sobre su sepultura.  
 Triste ley, sentencia dura  
 es saber en cualquier caso  
 cada paso--¡gran fracaso!--  
 es para andar adelante,  
 y Dios no es a hacer bastante  
 que no haya dado aquel paso.

Amigos, a mi fin llego.  
 Llevadme de aquí en los brazos.

JUAN: Serán los últimos lazos  
 de mi vida.

FERNANDO: Lo que os ruego,  
 noble don Juan, es que luego  
 que expire me desnudéis.  
 En la mazmorra hallaréis  
 de mi religión el manto  
 que le traje tiempo tanto.  
 Con éste me enterraréis  
 descubierto, si el rey fiero  
 ablanda la saña dura  
 dándome la sepultura.  
 Ésta señalad, que espero  
 que, aunque hoy cautivo muero,  
 rescatado he de gozar  
 el sufragio del altar;  
 que pues yo os he dado a vos  
 tantas iglesias, mi Dios,

alguna me habéis de dar.

**Llévanle en brazos. Sale don ALFONSO, y soldados con arcabuces**

ALFONSO: Dejád a la inconstante  
playa azul esa máquina arrogante  
de naves, que causando al cielo asombros  
el mar sustenta en sus nevado hombros;  
y en estos horizontes  
aborten gente los preñados montes  
del mar, siendo con máquinas de fuego  
cada bajel un edificio griego.

**Sale don ENRIQUE**

ENRIQUE: Señor, tú no quisiste que saliera  
nuestra gente de Fez en la ribera,  
y este puesto escogiste  
para desembarcar. Infeliz fuiste  
porque por una parte  
marchando viene el numeroso Marte,  
cuyo ejército al viento desvanece  
y los collados de los montes crece.  
Tarudante conduce gente tanta,  
llevando a su mujer, felice infanta  
de Fez, hacia Marruecos...  
Mas respondan las lenguas de los ecos.

ALFONSO: Enrique, a eso he venido,  
a esperarle a este paso, que no ha sido  
esta elección acaso; prevenida  
estaba, y la razón está entendida.  
Si yo a desembarcar a Fez llegara,  
esta gente y la suya en ella hallara;  
y estando divididos,  
hoy con menos poder están vencidos;  
y antes que se prevengan,  
..... [--engan].  
Toca al arma.

ENRIQUE: Señor, advierte y mira  
que es sin tiempo esta guerra.

ALFONSO: Ya mi ira  
ningún consejo alcanza.  
No se dilate un punto esta venganza.  
Entre en mi brazo fuerte  
por África el azote de la muerte.

ENRIQUE: Mira que ya la noche,  
envuelta en sombras, el luciente coche  
del sol esconde entre las sombras puras.

ALFONSO: Pelearemos a oscuras,  
que a la fe que me anima  
ni el tiempo ni el poder la desanima.  
Fernando, si el martirio que padeces,  
pues es suya la causa, a Dios le ofreces.  
Cierta está la victoria.  
Mío será el honor, mía la gloria.

ENRIQUE: Tu orgullo altivo yerra.

**Dentro**

FERNANDO: ¡Embiste, gran Alfonso! ¡Guerra, guerra!

**[Tócase un] clarín**

ALFONSO: ¿Oyes confusas voces  
romper los vientos tristes y veloces?

ENRIQUE: Sí, y en ellos se oyeron  
trompetas que a embestir señal hicieron.

ALFONSO: ¡Pues a embestir, Enrique, que no hay duda  
que el cielo ha de ayudarnos hoy!

**Sale [FERNANDO] con manto capitular y una luz**

FERNANDO: Sí, ayuda  
porque obligando al cielo  
que vio tu fe, tu religión, tu celos,  
hoy tu causa defiende.  
Librarme a mí de esclavitud pretende  
porque, por raro ejemplo,  
por tantos templos Dios me ofrece un templo;  
y con esta luciente  
antorcha desasida del oriente,  
tu ejército arrogante  
alumbrando he de ir siempre delante,  
para que hoy en trofeos  
iguales, grande Alfonso, a tus deseos,  
llegues a Fez, no a coronarte agora,  
sino a librar mi ocaso en el aurora.

**Vase**

ENRIQUE: Dudando estoy, Alfonso, lo que veo.

ALFONSO: Yo no, todo lo creo;  
y si es de Dios la gloria,  
no digas guerra ya, sino victoria.

**Vanse. Salen el REY y CELÍN [con  
acompañamiento]; y en lo alto estará don JUAN y un  
cautivo, y un ataúd en que parezca estar el infante  
[FERNANDO]**

JUAN: Bárbaro, gózate aquí  
de que tirano quitaste  
la mujer vida.

REY: ¿Quién eres?

JUAN: Un hombre que, aunque me maten,  
no he de dejar a Fernando,  
y aunque de congoja rabie,  
he de ser perro leal  
que en muerte he de acompañarle.

REY: Cristianos, ése es padrón  
que a las futuras edades

informe de mi justicia;  
 que rigor no ha de llamarse  
 venganza de agravios hechos  
 contra personal reales.  
 Venga Alfonso agora, venga  
 con arrogancia a sacarle  
 de esclavitud; que aunque yo  
 perdí esperanzas tan grandes  
 de que Ceuta fuese mía,  
 porque las pierda arrogante  
 de su libertad, me huelgo  
 de verle en estrecha cárcel.  
 Aun muerto no ha de estar libre  
 de mis rigores notables;  
 y así puesto a la vergüenza  
 quiero que esté a cuantos pasen.

JUAN: Presto verás tu castigo,  
 que por campañas y mares  
 ya descubro desde aquí  
 mis cristianos estandartes.

REY: Subamos a la muralla  
 a saber sus novedades.

**Vanse**

JUAN: Arrastrando las banderas,  
 y destempladas los parches,  
 muertas las cuerdas y luces,  
 todas son tristes señales.

***Tocan cajas destempladas, sale don FERNANDO delante  
 con una hacha encendida, y detrás don ALFONSO y don  
 ENRIQUE, y todos los soldados, que traen presos a TARUDANTE,  
 FÉNIX, y MULEY***

FERNANDO: En el horror de la noche  
 por sendas que nadie sabe  
 te guié. Ya con el sol  
 pardas nubes se deshacen.  
 Victorioso, gran Alfonso,  
 a Fez conmigo llegaste.  
 Éste es el muro de Fez,  
 trata en él de mi rescate.

**Vase**

ALFONSO: ¡Ay de los muros! Decid  
 al rey que salga a escucharme.

***Salen el REY y CELÍN al muro***

REY: ¿Qué quieres, valiente joven?  
 ALFONSO: Que me entregues al infante,  
 al maestre don Fernando,  
 y te daré por rescate  
 a Tarudante y a Fénix

que presos están delante.  
Escoge lo que quisieres.  
Morir Fénix o entregarle.

REY: ¿Qué he de hacer, Celín amigo,  
en confusiones tan grandes?  
Fernando es muerto, y mi hija  
está en su poder. ¡Mudable  
condición de la Fortuna  
que a tal estado me trae!

FÉNIX: ¿Qué es esto, señor? Pues viendo  
mi persona en este trance,  
mi vida en este peligro,  
mi honor en este combate,  
¿dudas qué has de responder?  
¿Un minuto ni un instante  
de dilación te permite  
el deseo de librarme?  
En tu mano está mi vida  
¿y consientes--¡pena grave!--  
que la mía--¡dolor fiero!--  
injustas prisiones aten?  
De tu voz está pendiente  
mi vida--¡rigor notable!--  
¿y permites que la mía  
turbe la esfera del aire?  
A tus ojos ves mi pecho  
rendido a un desnudo alfanje,  
¿y consientes que los míos  
tiernas lágrimas derramen?  
Siendo rey, has sido fiera;  
siendo padre, fuiste áspid;  
siendo juez, eres verdugo;  
ni eres rey, ni juez, ni padre.

REY: Fénix, no es la dilación  
de la respuesta negarte  
la vida, cuando los cielos  
quieren que la mía acabe.  
Y puesto que ya es forzoso  
que una ni otra se dilate,  
sabe, Alfonso, que a la hora  
que Fénix salió ayer tarde,  
con el sol llegó al ocaso,  
sepultándose en dos mares  
de la muerte y de la espuma,  
juntos el sol y el infante.  
Esta caja humilde y breve  
es de su cuerpo el engaste.  
Da la muerte a Fénix bella.  
Venga tu sangre en mi sangre.

FÉNIX: ¡Ay de mí! Ya mi esperanza  
de todo punto se acabe.

REY: Ya no me queda remedio  
para vivir un instante.

ENRIQUE: ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?  
¡Qué tarde, cielos, qué tarde  
le llegó la libertad!

ALFONSO: No digas tal; que si antes  
Fernando en sombras nos dijo  
que de esclavitud le saque,  
por su cadáver lo dijo,

porque goce su cadáver  
 por muchos templos un templo,  
 y a él se ha de hacer el rescate.  
 Rey de Fez, porque no pienses  
 que muerto Fernando vale  
 menos que aquesta hermosura;  
 por él, cuando muerto yace,  
 te la trueco. Envía, pues,  
 la nieve por los cristales,  
 el enero por los mayos,  
 las rosas por los diamantes,  
 y al fin, un muerto infelice  
 por una divina imagen.

REY: ¿Qué dices, invicto Alfonso?

ALFONSO: Que esos cautivos le bajen.

FÉNIX: Precio soy de un hombre muerto;  
 cumplió el cielo su homenaje.

REY: Por el muro descolgad  
 el ataúd, y entregadle;  
 que para hacer las entregas  
 a sus pies voy a arrojarme.

***Vase y bajan el ataúd con cuerdas por el muro***

ALFONSO: En mis brazos os recibo,  
 divino príncipe mártir.

ENRIQUE: Yo hermano, aquí te respeto.

***Salen el REY, don JUAN y [los] cautivos***

JUAN: Dame, invicto Alfonso, dame  
 la mano.

ALFONSO: Don Juan, amigo,  
 ¡buena cuenta del infante  
 me habéis dado!

JUAN: Hasta su muerte  
 le acompañé, hasta mirarle  
 libre; vivo y muerto estuve  
 con él. Mirad dónde yace.

ALFONSO: Dadme, tío, vuestra mano;  
 que aunque necio e ignorante  
 a sacaros del peligro  
 vine, gran señor, tan tarde  
 en la muerte, que es mayor  
 se muestran las amistades.  
 En un templo soberano  
 haré depósito grave  
 de vuestro dichoso cuerpo.  
 A Fénix y a Tarudante  
 te entrego, rey, y te pido  
 que aquí con Muley la cases,  
 por la amistad que yo sé  
 que tuvo con el infante.  
 Ahora llegad, cautivos,  
 vuestro infante ved, llevadle  
 en hombros hasta la armada.

REY: Todos es bien le acompañen.

ALFONSO: Al son de dulces trompetas  
y templadas cajas marche  
el ejército, con orden  
de entierro, para que acabe  
pidiendo perdón humilde  
aquí de sus yerros grandes,  
el lusitano Fernando,  
príncipe en la fe constante.

## **FIN DE LA COMEDIA**